
Amores

Ovidio

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 4242

Título: Amores

Autor: Ovidio

Etiquetas: Poesía

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 3 de marzo de 2019

Fecha de modificación: 3 de marzo de 2019

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Libro primero

Epigrama

Nosotros, que éramos antes cinco libros de Ovidio Nasón, ahora somos tres. El autor de la obra así lo dispuso. Si no experimentas ningún placer con nuestra lectura, a lo menos aliviará tu fastidio la supresión de dos libros.

I

Yo me disponía a cantar en tono elevado las armas y las sangrientas batallas, materia conveniente a mis versos, el primero de la misma medida que el segundo; Cupido, según dicen, se echó a reír, y arrebató al último uno de los pies. Niño cruel, ¿quién te dió tal derecho sobre mis cantos? Los vates somos esclavos de las Musas, y no tuyos. ¿Qué diríamos si Venus tomase la armadura de la rubia Minerva, y ésta agitase las encendidas antorchas? ¿Quién vería sin extrañeza reinar a Ceres en los montuosos bosques, y que los campos se cultivasen bajo las leyes de la virgen de la aljaba? ¿Quién armará, de aguda lanza a Febo, insigne por su cabellera, mientras Marte pulse la lira de Aonia? ¡Oh niño!, ya es demasiado grande y poderoso tu imperio. ¿Por qué aspira tu ambición a nuevos dominios? ¿Acaso porque reinas en los ámbitos del mundo, y son tuyos el Tempe y el Helicón, pretendes que Apolo pierda también su lira? Así que en la nueva página estampé el primer verso grandilocuente, se me aproximó el Amor y debilitó todos mis bríos. No me ofrecen asuntos de poemas ligeros ni un mancebo, ni una hermosa doncella de largos cabellos. Apenas hube pronunciado estas quejas, Cupido, soltando de repente la aljaba, saca la flecha aguzada que ha de herirme, encorva brioso el arco con la rodilla, y exclama: «Ahí tienes, poeta, el asunto que debes cantar.» ¡Desgraciado de mí!, aquel muchacho estuvo certero al herir: me abraso, y el amor reina en mi pecho, antes vacío. Comience mi obra en versos de seis compases, seguidos de otros de cinco, ¡y adiós sangrientas guerras y metros en que sois cantadas! ¡Oh Musa!, ciñe tus áureas sienes con el mirto resplandeciente: sólo tienes que modular once pies en cada dos versos.

II

¿En qué consiste que la cama me parece tan dura, la cubierta se cae de mi lecho, y he pasado esta larguísima noche sin conciliar el sueño, y aun me duelen los cansados miembros, que se revolvían faltos de sosiego? Si el amor viniese a inquietarme, creo que lo reconocería. ¿Acaso viene, y su astucia me atormenta con secretas emboscadas? Así era en verdad; sus leves saetas se clavaron en mi corazón, y riguroso tiraniza el pecho que acaba de someter. ¿Cederemos, o con la resistencia encenderemos más la súbita llama? Cedamos; siempre es ligera la carga que se sabe soportar. Yo vi crecer el fuego encendido al removerse los tizones, y apagarse cuando nadie los agitaba. A los bueyes que se rebelan, oprimidos por la dureza del yugo, se les castiga mucho más que a los que soportan el peso del arado. Dómase el potro rebelde con el freno de dientes de lobo, y el que corre brioso al combate tiene que sentir menos su dureza. El amor se encona más cruel y despótico contra quien le resiste que con quien se reduce a tolerar su servidumbre. ¡Ah!, lo reconozco, soy tu nueva presa, Cupido, y alargo las vencidas manos, prontas a obedecerte. No se trata de guerrear: te pido la paz y el perdón; poca alabanza te reportaría, vencer con tus armas a un hombre desarmado. Corona tus cabellos de mirto, apareja las palomas de tu madre, y el mismo Marte te proporcionará el carro conveniente; tú, montado en él, y en medio de las aclamaciones que publiquen tus hazañas, regirás con destreza las aves que lo conducen; formarán tu séquito los jóvenes subyugados y las cautivas doncellas, y su pompa será para ti un magnífico triunfo. Yo mismo, que soy tu última presa, caminaré mostrando mi herida reciente, y, esclavo tuyo, arrastraré mi nueva cadena. Con las manos atadas a la espalda, seguirán tus vuelos la buena conciencia, el pudor y cuanto se atreve a luchar con tu poderío. Todos te temerán, el pueblo extenderá hacia ti los brazos, gritará en alto clamoreo: «¡Vítor, triunfo!» Al lado, te acompañarán la molicie, la ilusión y la furia, cortejo que sigue asiduamente tus pasos. Con tales soldados dominas a los hombres y los dioses; si te privases de su auxilio, quedarías desnudo. Tu madre, orgullosa, aplaudirá

al triunfador desde el alto Olimpo, y esparcirá sobre su rostro una lluvia de flores. Con las alas ornadas de piedras preciosas, lo mismo que la cabellera, volarás resplandeciente en el carro de áureas ruedas, y entonces, si te conocemos bien, abrasarás a no pocos en tu fuego, produciendo tu carrera innumerables heridas. Aunque lo intentes, no podrán reposar tus saetas; tu férvida llama abrasa hasta en el fondo del agua vecina. Así aparecía Baco, al someter las tierras que baña el Ganges: tú, conducido por las aves; él, por los tigres. Puesto que yo, tengo que formar parte de tu sacro triunfo, no vayas a perder los despojos de tu victoria sobre mí. Contempla las armas vencedoras de tu pariente César; protege a los vencidos con la misma mano que acaba de someterlos.

III

Mis preces son justas: la linda joven que me fascinó, o me ame, o consiga que yo la ame siempre. - Ah!, pedí demasiado: con que consienta ser amada, habrá oído Citerea todos mis ruegos. Acoge benévola al que te ha de servir mientras aliente con vida, y escucha las protestas del que sabrá guardarte fidelidad inquebrantable. Si los nombres ilustres de mis antepasados no me recomiendan; si un simple caballero es el autor de mis días; si no labran mis tierras innumerables arados, y mi padre y mi madre vivieron con sobria economía, que me abonen Apolo, las nueve hermanas y el numen plantador de las viñas, el amor que me entrega a tu poder, mi constancia, que ninguna abatirá, y mis puras costumbres, mi ingenua sencillez y el pudor que colorea mi rostro. No me placen mil jóvenes a la vez; no soy mudable en amar, y, puedes creerme, tú sola serás el norte de mi perenne inclinación. Así merezca vivir contigo los años que me hilen las Parcas, y morir antes que profieras una sola queja contra mí. Sé tú el tema dichoso de mis cantos, y éstos surgirán dignos del objeto que los inspira. A los cantos debe la celebridad Ío, aterrada por sus cuernos; Leda, seducida por el adúltero Jove, bajo la figura de un cisne, y Europa, que atravesó el mar sobre las espaldas de un toro engañoso, sujetando los cuernos retorcidos con sus virginales manos. Nosotros asimismo seremos celebrados por todo el orbe, y nuestros nombres irán siempre inseparablemente unidos.

IV

Tu esposo debe asistir al mismo banquete que nosotros. ¡Ojalá sea ésta la última cena de su vida! ¿Conque podré contemplar a mi dulce tormento sólo como convidado, y otro tendrá el derecho de acariciarlo? ¿Darás calor a su seno reclinada junto a él, y cuando quiera te echará las manos al cuello? Cese de admirarte que, en el festín de sus bodas, la hermosa Hipodamia impulsara al combate a los furiosos Centauros. Yo no habito, como ellos, las selvas, ni mis miembros se adhieren a los de un caballo, y apenas me parece posible dejar de poner sobre ti las manos. Oye, no obstante, lo que has de procurar, y no permitas que mis palabras se las lleve el Euro o el templado Noto. Preséntate antes que tu marido; no sé lo que podremos hacer si vienes primero; sin embargo, ven antes. Cuando se recline en el lecho, acuéstate a su lado con aire modesto, y ocultamente roza mi pie. Mírame, observa mis gestos y lo que te dice mi rostro; recoge mis furtivas señas, y contéstalas de igual modo. Sin hablar, expresaré mis pensamientos con el gesto, y leerás palabras en mis movibles dedos y en las gotas de vino que vierta sobre la mesa. Si asalta tu memoria el recuerdo de nuestros placeres, toca con la extremidad del pulgar tus purpúreas mejillas; si tienes que echarme a la callada alguna reprimenda, acaricia con suavidad el borde de tu oreja, y si te complacen mis dichos y acciones, luz de mis ojos, haz girar buen rato los anillos de tus dedos. Extiende la mano en la mesa como el sacrificador en el ara, y desea a tu marido todos los males que en justicia merece. Ordénale que beba el vino que mezcla para ti, y en voz baja pide al esclavo el que desees. Yo tomaré antes que nadie la copa que devuelvas, y beberé en ella por la misma parte que hayas bebido. Si acaso te ofrece algún manjar que él gustase primero, recházalo, porque lo ha tocado su boca. No consientas que ligue sus brazos a tu cuello, ni reclines tu linda cabeza sobre su helado cuerpo; no le dejes que introduzca la mano en tu seno turgente, y, sobre todo, evita darle ningún beso, pues si se lo das, me declararé a voces tu amante, gritando: «¡Esos besos son míos!», y extenderé hacia ti los brazos. Esto al menos lo veré; mas lo que cela el cobertor de la cama, eso

es lo que teme la ceguedad de mi pasión. Que no se atraviere su pierna con la tuya, ni se choquen vuestras rodillas, ni tus pies delicados tropiecen con sus pies de gañán. ¡Ay, desgraciado!, temo muchas cosas, porque las hizo mi insolencia, y me atormenta el miedo de mi propia conducta. ¡Cuántas veces mi voluptuosidad y la de mi prenda supieron encontrar bajo el vestido dulcísimos entretenimientos! Tú no hagas cosa semejante, y para disipar mis sospechas, aligérate del manto que envuelve tu cuerpo. Insta a tu marido a que beba sin cesar, mas no acompañes tus ruegos con los besos; mientras bebe, echa furtivamente vino en la copa, y cuando caiga amodorrado por el vino y la embriaguez, tomaremos consejo del lugar y la ocasión. Al levantarte, dispuesta a volver a casa, nos levantaremos todos; apresúrate a mezclarte entre el bullicio de la turba, que allí me encontrarás o te encontraré yo, y entonces pálpame con tu fina mano cuanto puedas. ¡Ay infeliz!, mis advertencias sólo aprovechan pocas horas; la noche me obliga a separarme de mi dueño; por la noche su marido la tendrá encerrada, y yo triste y anegado en lágrimas, sólo osaré seguirla hasta la puerta cruel. Ya te llenará de besos, ya no se satisfará con ellos solamente; los favores que me concedes en secreto te los exigirá como débito; no se los concedas sin pesar (esto puedes hacerlo), como si cedieses a la violencia: enmudezcan tus caricias, y que Venus se goce en atormentarle. Si mis votos y deseos algo valen, no experimentará ningún placer; si nada valen, al menos no lo experimentes tú; mas sea cualquiera el proceder que adoptes durante la noche, a la mañana siguiente júrame, que nada le has concedido.

V

Era el estío; el día brillaba en la mitad de su carrera, y me tendí en el lecho buscando reposar de mis fatigas. La ventana de mi dormitorio, medio abierta, dejaba penetrar una claridad semejante a la que reina en las opacas selvas, o como luce el crepúsculo cuando Febo desaparece del cielo, o la noche ha transcurrido sin presentarse el sol todavía; luz tenue que conviene a las muchachas, pudorosas, cuya timidez busca los sitios retirados. De pronto llega Corina con la, túnica suelta, cubriendo con sus cabellos por ambos lados la marmórea garganta, cual se dice que la hermosa Semíramis se acercaba al tálamo nupcial, y Lais acogía a sus innumerables pretendientes. Le quité la túnica, cuya transparencia apenas ocultaba ninguno de sus encantos; pero ella pugnó por conservarla, aunque con la flojedad de la que ansía la victoria, y se aviene de buen grado a caer vencida. Así que apareció a mis ojos enteramente desnuda, confieso que no vi en todo su cuerpo el más mínimo lunar. ¡Qué espalda!, ¡qué brazos pude ver y tocar!, ¡qué lindos pechos oprimieron con avidez mis manos! Bajo su seno delicioso, ¡qué vientre tan recogido!, ¡qué talle tan arrogante y esbelto!, ¡qué pierna tan juvenil y bien formada! ¿A qué particularizar sus atractivos? Cuanto vi en ella merecía fervorosas alabanzas, y oprimí contra el mío su desnudo cuerpo. ¿Quién no adivina lo demás? Por fin, agotados, nos entregamos los dos al descanso. ¡Ay!, ojalá consiga saborear muchos mediodías semejantes.

VI

Portero amarrado, ¡oh indignidad!, a la dura cadena, haz girar sobre sus quicios esa puerta tan difícil de abrir. Te pido poca cosa, entreábrela solamente, y por su media abertura penetraré de lado. Un amor constante adelgazó mi cuerpo y redujo el peso de mis miembros de tal suerte, que les permite pasar cualquiera estrechez. Él me enseñó a caminar sin ruido a través de los guardianes, y dirige mis pasos sin que nadie me ofenda. En otro tiempo me infundían pavor la noche y sus vanos fantasmas, y me maravillaba que alguien tuviese arresto para vagar en las tinieblas. Al oírme Cupido con su tierna madre, se puso a reír, y en tenue voz me dijo: «Tú también llegarás a ser bravo.» El Amor vino sin tardanza, y ya no temí las sombras veladoras de la noche, ni las manos resueltas a darme muerte. Sólo temo tu excesiva lentitud, sólo quiero ablandar tu crueldad, y sólo tú vibras el rayo que puede aniquilarme. Mira y, levantando la inhumana barrera que me detiene, verás cómo la puerta está humedecida con mis lágrimas. Sabes que digo la verdad: en el momento que los azotes iban a caer sobre tu desnuda espalda, viéndote lleno de temor, intercedí con tu dueño; y las súplicas que tanto valieron otros días en tu favor, ¡oh crueldad!, ¿no tendrán hoy en el mío ninguna eficacia? Paga los servicios que te presté; debes ser agradecido. Como lo deseas, las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo del postigo, córrelo presto; así quedes por siempre libre de tu dura cadena, y en adelante no bebas jamás el agua de los esclavos. Portero inexorable, ¿no oyes mis súplicas? La puerta de duro roble permanece cerrada. La fortaleza de las puertas sirve de gran defensa en las ciudades sitiadas; mas en medio de la paz, ¿qué peligros recelas? ¿Qué harías con un enemigo cuando así rechazas a un amante? La noche vuela ligera; corre el cerrojo del postigo. No vengo con séquito de soldados y pertrechos; llegaría solo, si el cruel amor no me acompañase; aun queriendo, me sería imposible ahuyentarlo, antes me vería yo separado de mi cuerpo. Así, el amor, un poco de vino en la cabeza y la guirnalda que se deshoja en mis cabellos perfumados, son mis únicos compañeros. ¿Quién temerá tales armas?, ¿quién no osará

pararles frente? Las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo de la puerta. ¿Es tu lentitud o el sueño, tan poco propicio al amor, lo que permite al viento que se lleve mis palabras sin tocaren tus oídos? Recuerdo que tiempo atrás, cuando pretendía substraerme a tus miradas, aparecías despierto a la claridad de las nocturnas estrellas. Acaso ahora mismo descansas en los brazos de tu amiga. ¡Ah, cuánto ventaja a la mía tu suerte! Por tal dicha, consentiría que descargases sobre mí tus recias cadenas. La noche vuela ligera; corre el cerrojo de la puerta. ¿Me engaño, o sus hojas resuenan al girar los goznes, y su ronco son me da la señal apetecida? Si me engañé, el ímpetu del viento la ha movido; ¡ay de mí, qué lejos se lleva mis esperanzas! ¡Bóreas, si te acuerdas aún del rapto de Critia, ven aquí y quebranta con tus fuerzas las puertas sordas a mi dolor! El silencio reina en toda la ciudad, y bañadas en las perlas del rocío, las horas de la noche vuelan; corre el cerrojo de la puerta. Si no, con el hierro o el, fuego de la antorcha que empuño colérico estoy dispuesto a incendiar casa tan orgullosa. La noche, el amor y el vino nunca dan consejos de moderación: aquélla desconoce el pudor, el vino y el amor desafían al miedo. Ya agoté todos mis recursos; no te mueven ruegos ni amenazas; eres más sordo que la puerta confiada a tu custodia; no te convenía vigilar la mansión de una linda joven, sino prestar tus servicios en una cárcel. El lucero de la mañana resplandece en el cielo, y el canto del gallo incita al operario a sus faenas. Y tú, guirnalda arrancada a mis tristes cabellos, quédate sobre esos umbrales, insensibles-toda la noche, y cuando al amanecer te sorprendan los ojos de mi dueño, le serás testigo del tiempo que aquí malgasté inútilmente. Pásalo bien, portero; ojalá sientas la pena de tu pretensión rechazada; pásalo bien, holgazán, que no te avergüenzas de mortificar a un amante; y vosotras, puertas crueles, umbrales despiadados, compañeros en la dureza del siervo que os guarda, pasadlo bien.

VII

Si me tienes por amigo, ahora que se me ha pasado el furor, carga mis manos de hierro, pues merecen las cadenas. La cólera me incitó a levantar los temerarios brazos contra mí amada que lloraba sintiéndose herida por Mi loca mano. Tal estaba yo entonces, que la hubiese emprendido con mis caros padres, sin respetar mis golpes crueles a los santos dioses. Pues qué, ¿Ajax armado de un escudo impenetrable no degolló los rebaños sorprendidos en medio del campo, y Orestes, el funesto vengador de su padre en la sangre materna, no se atrevió a lanzar sus dardos contra las furias del Averno? ¿Y no pude yo de igual modo ensañarme en sus peinados cabellos?; mas el desorden en que los puse no les robó ninguno de sus atractivos. Aun así estaba tan hermosa como la hija de Esqueneo persiguiendo con el arco las fieras del monte Ménalo; como Ariadna cuando lamentaba que el rápido Noto se llevase los juramentos del pérfido Tesco, y como Casandra al caer desplomada en tu templo, ¡oh casta Minerva!, sin que las cintas sujetasen sus cabellos. ¿Quién no me hubiese llamado loco y tenido por un bárbaro? Pues ella no me dijo palabra; su lengua enmudeció de espanto, mas su rostro silencioso fulminaba graves reproches, y me acusaban a la vez su boca muda y sus lágrimas. Antes hubiera querido que se desprendiesen mis brazos de los hombros; podría vivir mejor sin una parte de mi cuerpo. Mi fuerza y mi delirio se revolvieron en contra mía y la propia violencia me impuso la condigna pena. ¿Qué necesidad tengo de vosotros, ministros de la sangre y el crimen? Manos sacrílegas, soportad el hierro que merecéis. Si golpeara al último de los plebeyos, sufriría el castigo; ¿y acaso tengo mejor derecho sobre mi amada? Diomedes nos legó un monumento infame de maldad, siendo el primero que se atrevió a herir a una diosa, y yo el segundo; pero aquél resulta menos culpable; yo he maltratado a la que confesaba amar, y el hijo de Tideo fue cruel con su enemiga. Ve, pues, insigne vencedor, prepárate un magnífico triunfo, ciñe tus sienes de laurel, ofrece tus votos a Jove y que la turba apiñada siga tu carroza gritando: «¡Gloria al fuerte, varón que ha vencido a una débil mujer!» Camine delante tu triste cautiva

con el cabello suelto y toda blanca como la nieve, menos sus lívidas mejillas. Mejor fuera que su boca delatase las señales de mis labios, y en su cuello se notaran las suaves caricias de mis dientes; y, en fin, si me arrebatara el impulso de un hinchado torrente, y la ciega cólera me había hecho su presa, ¿no era bastante amedrentar con mis gritos a una tímida joven, sin apostrofarla con amenazas harto crudas, o bien arrancarle con violencia la túnica hasta mitad de la cintura, y no pasar más adelante en el enojo? Mas no, llegué a mesarle el cabello de la frente, y clavé fiero las uñas en sus delicadas mejillas. Quedóse la infeliz atónita, pálida y sin gota de sangre en el rostro como el mármol que se corta en las canteras de Paros. Yo vi sus facciones sin vida y sus miembros temblorosos, cual las ramas del árbol sacudidas por el viento, cual la verde caña que agita el Céfito o la superficie de las olas que riza el templado Noto. Las lágrimas suspendidas largo tiempo resbalaron por su faz, como el agua en que se convierte la nieve derretida. Entonces comencé a sentirme de veras culpable; el llanto que derramaba me parecía gotas de mi sangre. Suplicante quise arrojarme tres veces a sus pies, y otras tantas rechazó ella las manos que había aprendido a temer. La venganza aplacará tu dolor, no vaciles en lacerar con tus uñas mi rostro, no perdones mis ojos ni mis cabellos; la cólera dará bríos a tus débiles manos, y para borrar las vergonzosas huellas de mi arrebató, vuelve a arreglar tu descompuesta cabellera.

VIII

Oiga el que desee conocer a cierta meretriz: es una vieja llamada Dipsa; el nombre le viene del oficio: Jamás la sorprendió en ayunas la madre del negro Memnón desde su carro ornado de rosas. Ella conoce las artes de la magia, las canciones de Colcos y los conjuros que obligan a retroceder las rápidas aguas hacia su fuente. Sabe muy bien las virtudes de las plantas, del lino arrollado en el rombo y del virus que destilan las yeguas en celo. Si quiere amontona las nubes en el vasto cielo, y si quiere brilla la luz del día en la atmósfera azulada. ¿Lo creerás? Yo he visto a los astros destilar gotas de sangre, y he visto asimismo ensangrentado el purpúreo cerco de la luna. Me sospecho que en vida revolotea entre las sombras de la noche con el cuerpo cubierto de plumas; lo sospecho, y es rumor acreditado que en sus ojos brilla una doble pupila y de las dos lanza rayos de fuego. Evoca de los antiguos sepulcros a sus remotos ascendientes y con sus cánticos hiende la sólida corteza de la tierra. Se propuso mancillar el tálamo púdico de los esposos, y no faltó a su lengua una pérfida elocuencia. Por casualidad fui una vez testigo de sus discursos, oyéndola, detrás de la puerta que me ocultaba, dar tales consejos: «Luz de mi vida, sabes que ayer cautivaste a un joven opulento, que se detuvo y quedó largo rato suspenso contemplando tu linda cara. ¿A quién no cautivarás? A ninguna cedés en belleza; pero, ¡qué desgracia!, el atavío de tu cuerpo no responde a tus hechizos. Quisiera que fueses tan feliz como hermosa, y yo no sería pobre viviendo tú en la abundancia. Tuviste que sufrir el rigor de la estrella contraria de Marte; Marte ha desaparecido y Venus te favorece con sus señales. Observa su aparición, te es propicia, un rico amante te solicita y se dispone a darte cuanto te falta. Es además tan hermoso, que podría compararse contigo; si él no pretendiese comprar tus favores, deberías tú comprar los suyos.» La joven se ruborizó. «El pudor -continúa- enciende la blancura del rostro; disimulado aprovecha, y verdadero suele dañar. Cuando le mires bajando con modestia al suelo la vista, tus miradas deben guardar proporción con los regalos que te ofrezca. Tal vez en el reinado de Tacio las adustas Sabinas no quisieran pertenecer a muchos amantes; pero hoy Marte impulsa a los romanos contra los pueblos extranjeros, y Venus reina en la ciudad de su Eneas. Hermosas, gozad

vuestra juventud: es casta la que ninguno pretende, y si la cortedad no se lo impide, es la mujer la misma que ruega. Desaparezcan luego esas arrugas que surcan tu frente; las arrugas celan muchos crímenes. Penélope sometió a la prueba del arco las fuerzas de sus jóvenes pretendientes, y el arco que acreditaba los bríos era de cuerno. El tiempo volador resbala sin sentir y se nos escapa como el impetuoso río se precipita con las aguas que recibe en tributo. El metal se abrillanta con el frote, un buen vestido desea que lo luzcan, y se deteriora la casa abandonada por su mala situación. La hermosura envejece pronto si nadie le rinde sus obsequios; no le basta uno que otro amante, la presa arrancada de muchos es más segura y se envidia menos; los lobos encanecidos buscan las mejores presas en los grandes rebaños. Dime, ¿este tu amante poeta qué te regala sino nuevos versos? Tendrás que leer muchos millares. El mismo dios de los vates resplandece con áureo manto y tañe las cuerdas de una lira de oro:

el que te lo prodigue, valga para ti más que el gran Homero. El que da revela muy sutil ingenio. No desprecies al esclavo que consiguió comprar su libertad; no es un crimen llevar los pies enyesados. No te seduzcan los títulos de una antigua nobleza; amante pobre, carga contigo tus ilustres abuelos. El que por hermoso te pida una noche sin pagarla, vaya primero a sonsacar a su amante la cantidad que debe ofrecerte. Muéstrate poco interesada al tender las redes, no se te huya la víctima; pero una vez prendida, destrúyela con tus exigencias. La simulación del afecto no perjudica; crea enhorabuena que le amas y que este amor no sea del todo gratuito. A menudo le negarás tus noches fingiendo dolores de cabeza o poniendo por pretexto las fiestas consagradas a Isis; después le recibirás para que no se acostumbre a carecer de tu compañía, y a fuerza de repulsas se debilite su pasión. Tu puerta sorda a los ruegos, ábrase a las dádivas, y el amante que recibas oiga las quejas del que rechazas. Si le ofendes, monta en cólera como ofendida por él y desvanece sus inculpaciones abrumándole con las tuyas; mas no perdure tu resentimiento largas horas; la cólera prolongada engendró mil veces el odio. Además deben aprender tus ojos el arte de las lágrimas fingidas que resbalen humedeciendo tus mejillas. Si te propones engañarle, no te asuste el perjurio; Venus hizo los númenes sordos a las quejas del burlado. Toma a tu servicio un esclavo y una sirvienta que le indiquen lo que debe comprar para ti, y para ellos pídanle cosas de poco valor, que sonsacándolas a muchos, pronto una y otra espiga se convertirá en un gran acervo. Que tu madre, tu hermana y tu nodriza le asedien sin cesar; el botín anhelado se

recoge pronto por muchas manos. Que tu madre, tu hermana y tu nodriza le asedien sin cesar; el botín anhelado se recoge pronto por muchas manos. Si te faltan motivos para exigirle un regalo, adviértele por medio de una torta que es el día de tu natalicio. Obra de modo que no se considere libre de rivales; el amor dura poco si le quitas el miedo del peligro. Note en tu lecho los vestigios de otro afortunado, y en las lívidas manchas de tu cuello señales de sus lascivas caricias, y vea, sobre todo, los presentes que otro te envió; si nada te ofreciese, pídele los objetos que se venden en la vía Sacra, y después que te hayas sacado cuanto te proponías, aparentando no querer despojarle por completo, ruégale que te preste lo que nunca le has de volver.

Que la lengua te ayude a celar tus designios; arruínale con tus mimosos halagos; en la dulce miel se oculta el mortífero veneno. Si sigues estos consejos, fruto de larga experiencia, y no dejas que el viento se lleve mis palabras, excluirás muchas veces «vive feliz» y rogarás otras tantas que después de muerta descansen tranquilos mis huesos.» Aun seguía el discurso, cuando mi sombra me traicionó y apenas pude evitar que mis manos no le arrancaran sus escasos y blancos cabellos, sus ojos que lagrimeaban con el vino y sus mejillas surcadas por las arrugas. Que los dioses te nieguen el refugio de un hogar en tu vejez miserable, y te castiguen con un invierno sin fin y una sed eterna.

IX

Todo amante es soldado, Cupido tiene sus reales; créeme, Ático, todo amante es soldado. La edad apta para la guerra es la que conviene a Venus. Vergüenza al soldado viejo, vergüenza al amor senil. Los años que requiere un jefe en el vigoroso recluta son los que exige una linda joven al compañero de su lecho. Los dos son vigilantes, los dos descansan a menudo en tierra; el uno guarda las puertas de su dueño, el otro la tienda de su general. El que cursa la milicia ha de emprender marchas penosas; el amante resuelto, si dispone un viaje su ídolo, le seguirá hasta el fin del mundo, franqueará los montes contrapuestos, los torrentes engrosados por la lluvia y los peligrosos ventisqueros, y teniendo que navegar no le arredrará el Euro desencadenado, ni aguardará que las estrellas le indiquen el momento propicio a la navegación. Quién sino el soldado o el amante resiste los hielos de la noche y la nieve mezclada con raudales de lluvia? Al uno se le envía a descubrir los movimientos del enemigo, y el otro, como en un enemigo, tiene puestos los ojos en su rival. El primero sitia fuertes ciudades, el segundo el umbral de su rigurosa amiga; aquél ataca las puertas y éste los postigos.

Muchas veces la sorpresa del enemigo dormido alcanzó la victoria, y la gente indefensa cayó al rigor de las manos armadas: así sucumbieron los feroces escuadrones del tracio Reso y sus cautivos caballos vinieron a poder de otro dueño. Muchas veces los amantes se aprovechan del sueño de los maridos y mueven las armas contra adversarios que duermen. Escapar a las manos de los guardianes y a los ojos de los atalayas, constituye el empeño del soldado y del mísero amante. La suerte de Marte es dudosa y no más segura la de Venus; los vencidos se reponen de sus descalabros y caen por tierra los que juzgabas invencibles. Cállese el que tildó de holgazán al amor que vive sometido a difíciles pruebas. El gran Aquiles se abrasa por su cautiva Briseida que le acaban de arrebatarse; troyanos, mientras le dura el enojo, destrozad las huestes de Argos. Héctor se desprende de los brazos de Andrómaca para lanzarse a la

batalla, y su esposa le pone el yelmo en la cabeza. El vástago de Atreo, primer caudillo del ejército, en el momento de ver a la hija de Príamo con los cabellos esparcidos como una Bacante, se dice que enmudeció lleno de pasmo. El mismo Marte sorprendido cae en las redes de Vulcano; ninguna fábula es tan conocida en el cielo. Yo también era perezoso y me entregaba a la muelle desidia porque el lecho y la inercia habían enervado mis ánimos; mas el deseo de enamorar a una bella joven me impulsó a tomar las armas en su defensa, y desde entonces me veis ágil y dispuesto a las luchas nocturnas. Ame, pues, el que no quiera consumirse en la desidia.

X

Como Helena arrebatada a las márgenes del Eurotas por las naves de Frigia, encendió la guerra entre sus dos esposos; como Leda, a quien el sagaz adúltero, bajo la apariencia de una ave, sedujo con la nitidez de sus plumas; como erraba por los sedientos campos Amimone con la urna en la cabeza, tal apareciste a mis ojos, y temía por ti al águila y al toro y todas las transformaciones que el amor sugirió al omnipotente Jove. Ahora no me aflige el temor, he sanado de mi dolencia y tu cara ya no es el recreo de mis ojos. ¿Me preguntas por qué tal mudariza? Porque te vendes a las dádivas, motivo suficiente para que no me entusiasmes; mientras fuiste ingenua y sencilla, amé tu cuerpo y tu alma; hoy la degradación de ésta ha disminuido mucho tu belleza. El amor es un niño desnudo, sus años desconocen la maldad, desecha las vestiduras y quiere revelarse cual es. ¿Por qué disponéis que el hijo de Venus se prostituya al oro? Anda sin ropa y no tiene sitio donde ocultar el precio de sus mercedes. Ni a Venus ni a su hijo conviene el rudo ejercicio de las armas; dioses tan débiles, no pueden pelear a sueldo.

La meretriz se ofrece al primero que llega por un precio establecido, y entrega su cuerpo por mísera ganancia; pero detesta la tiranía del avaro rufián y hace por fuerza lo que vosotras por gusto. Tomad ejemplo de las bestias privadas de razón, y os avergonzaréis al advertir en ellas un natural más delicado. La yegua no pide nada al potro, ni al toro la vaca; el carnero no cautiva con dones a la oveja que le atrae. La mujer sola se enriquece con los despojos del varón; ella sola pone a sueldo sus noches, ella sola se alquila, vende el placer que sienten los dos, que los dos anhelaban, y fija el precio en razón de los goces que espera. Si los deleites de Venus han de ser gratos y comunes a los dos, ¿por qué la una los vende y el otro los paga? ¿Por qué el goce ha de ser dañoso para mí y lucrativo para ti, cuando uno y otro realizarnos los mismos esfuerzos? Los testigos comprados delinquen con sus perjurios; el arca de un juez sin tacha nunca está abierta; es vergonzoso defender a los míseros reos por la retribución, y que un tribunal llegue a enriquecerse con sus fallos.

El decoro prohíbe acrecentar la herencia paterna con los réditos del lecho y prostituir al lucro los hechizos de una linda cara. Se debe agradecimiento a los favores no comprados, jamás a los que se conquistan a vil precio. El que los paga solventa su deuda, y una vez satisfecha, el deudor no tiene contigo ninguna obligación. Hermosas, evitad pactar el estipendio de las noches que concedéis; la ganancia impura trae malos resultados. No valían tanto los brazaletes de los sabinos, que aplastasen bajo el peso de los escudos la cabeza de una Vestal; un hijo atravesó con el acero las entrañas que le habían dado a luz, y un collar fue la causa de su crimen. Mas no hallo indigno exigir del opulento que sea liberal; sóbrale dinero para satisfacer al que le pide. Coged los racimos que penden de las cepas cargadas, y que los fértiles vergeles de Alcinoos os brinden sabrosísimos frutos. El pobre pague con sus obsequios sus servicios y su liberalidad; cada cual ofrezca a su amada aquello que posea. Yo sólo tengo ingenio que celebre en verso a las jóvenes que merecen este honor, y la que ame será de todos conocida por mis cantos. Se desgarrarán los fastuosos vestidos, las perlas y el oro se quebrarán; pero será eterna la fama de la que ensalcen mis escritos. No me indigna y solivianta dar, sino que me exijan el precio; lo que niego a tus peticiones, lo obtendrás así que dejes de pedirlo.

XI

¡Oh!, tú, tan hábil en poner orden y concierto en una cabellera descompuesta y que no debías pertenecer a la humilde clase de las sirvientas; tú, tan conocida por la sagacidad con que preparabas secretas citas nocturnas, como ingeniosa portadora de tiernas misivas; tú, que a fuerza de exhortaciones pusiste tantas veces en mis brazos a la indecisa Corina, y que en medio de mis percances siempre me has sido fiel, recibe y entrega a tu ama por la mañana las tablillas que acabo de escribir, y triunfe tu diligencia de cualquier obstáculo. Tu corazón no es de pedernal o duro como el hierro, ni tu simplicidad pasa de la medida ordinaria; y aun creo que sentiste las flechas del arco de Cupido; defiende, pues, en mi ayuda una bandera que es también la tuya. Si te pregunta qué hago, dile que vivo en la esperanza de obtener una de sus noches; lo demás se lo dirá la blanda cera notada por mi mano. Mientras hablo, la hora huye; entrégale estas tablillas en el momento, que la veas desocupada, pon la mayor diligencia en que las lea solícita, y observa sus ojos y su frente al leerlas, porque en su callado semblante podrás adivinar la respuesta; ves corriendo y suplícale que conteste largamente a mi misiva; me disgusta que la blanda cera deje grandes espacios sin signos y prefiero que las líneas estén muy apretadas y la vista se detenga mucho tiempo en leer lo escrito hasta el extremo de las márgenes. ¿Mas qué necesidad hay de rendir los dedos manejando el estilo? Que en toda la tablilla sólo aparezca esta palabra: «Ven.» Entonces no retardaré ceñir de hojas de laurel mis tablillas vencedoras, y suspenderlas con esta inscripción en el templo de Venus: «Nasón consagra a Venus las fieles confidentas de sus cuitas que antes fueron un tronco vil de acebo.»

XII

Llorad mi desgracia: me han vuelto las tristes tablillas, y su letra fatal me anuncia que hoy es imposible verla. Los presagios no carecen de valor; el umbral lastimó el pie de Nape en el momento de salir; cuando te envíe otra vez afuera, cuida de atravesarlo con precaución, y que la sobriedad te permita levantar más el pie. Lejos de mí, tablillas desdichadas de fúnebre leño, y tú, cera, que los signos de repulsa señalaron, creo que fuiste extraída de la flor de la alta cicuta, y que la abeja de Córcega te labró con su miel de ingrato sabor; aunque parecías enrojecida por el bermellón, en realidad tu color era el de la sangre. Trozos de inútil madera, volad arrojados a la calle, y que os triture el peso de la rueda al pasaros por encima. Persuadido estoy de que tenía las manos impuras el que os arrancó del árbol y dedicó a tales usos; aquel árbol sirvió sin duda de horca al cuello de un miserable; con sus ramas proveyó de cruces infames al verdugo, prestó al buho funesta sombra, y en su ramaje sostuvo los nidos del buitre y el quebrantahuesos. Y yo, loco, deposité en ellas el testimonio de mis amores, y escribí en ellas las tiernas palabras que debían persuadir a mi amada. Mejor convenía su cera al señalamiento de un juicio, leído en tono adusto por el representante de la ley, y se acomodaría a las efemérides de un avaro que, viendo sus cifras, se lamenta de las sumas gastadas. Ahora comprendo la razón de que se os llame dobles, y por cierto que este número no es de buenos auspicios. ¿Qué os deseará mi cólera sino que os carcoma y pudra la vejez, y la suciedad inmundada cubra vuestra tersa superficie?

XIII

Abandonando el lecho de su viejo esposo, ya se levanta del Océano la rubicunda diosa que nos trae, el día en su carro de púrpura. ¿Adónde te precipitas, Aurora? Detente, y así las aves caigan todos los años en solemne sacrificio ante la sombra de Memnón. Delítame reposar ahora en los tiernos brazos de mi amada, y oprimir otra vez contra el mío su pecho palpitante. Al amanecer, el sueño es delicioso, el aire frío, y el ruiseñor modula las notas más argentinas de su tenue garganta. ¿Adónde te precipitas? Eres poco grata a los mozos, y menos a las jóvenes; recoge en tu purpúrea mano las riendas cuajadas de rocío. Antes de tu aparición, el navegante observa mejor las estrellas y no navega perdido en las olas. Levántase el viajero lleno de fatiga así que amanece, y el soldado empuña las armas belicosas. Tú ves la primera al labriego con la azada al hombro, y la primera unces los tardíos bueyes bajo el doble yugo; tú interrumpes el sueño de los niños y los diriges al aula. del maestro, donde sus tiernas manos sufren los crueles latigazos de la férula; tú llevas al tribunal la caución que puede padecer grave detrimento por una sola palabra, siendo tan desfavorable al abogado, como al juez, pues uno y otro se ven obligados a dejar el lecho para entender en nuevos procesos; y tú, cuando las mujeres podrían olvidar en el descanso las faenas, incitas sus manos laboriosas al hilado de la lana. Todo esto lo soportaría; mas despertar de madrugada a las jóvenes, ¿quién lo sufrirá sino el que no ame a ninguna? ¡Cuántas veces he deseado que la noche no desapareciese a tu fulgor, y que las estrellas fugitivas no se ocultaran en tu presencia! ¡Cuántas veces deseé que el viento destrozase tu carro, o que cayera uno de sus corceles envuelto en espesa nube! ¡Cruel!, ¿adónde corres? Si tuviste un hijo de piel atezada, debía su obscuro color al corazón de su madre. ¡Como si en otro tiempo no te hubieses abrasado de amor por Céfalos! ¿Ibas a creer que tu deshonra nos era desconocida? Yo quisiera que Titón pudiese hablar de tus pasos: entonces no habría mujer tan escandalosa en el cielo. Huyes de su tálamo porque la edad ha enfriado su sangre, y te lanzas de mañana sobre el carro, que abomina su

vejez; mas si oprimieses en tus brazos a otro Céfalo, te oiríamos gritar. «¡Corred lentamente, caballos de la noche!» Porque los años inutilizan a tu esposo, ¿ha de ser castigado mi amor? ¿Acaso intervine yo en que te casaras con un viejo? Observa cuántas horas de sueño concede la luna a su gentil amante, y su hermosura no cede en nada a la tuya. El mismo padre de los dioses no quiso verte con tanta frecuencia, y continuó sus dichas reduciendo a una dos noches. Ya había puesto fin a mis querellas, y como si me hubiese oído, enrojeció su frente; el sol, sin embargo, no resplandeció más tarde que de costumbre.

XIV

Le decía a menudo: «Desiste de teñir tus cabellos: ya no te queda uno solo que puedas cambiar de color.» Si así lo hubieras hecho, ¿qué habría más hermoso que los mismos cayendo ondulantes hasta tus rodillas? Temías peinártelos, porque eran tan finos como los tenues tejidos con que se cubren los Seres atezados, o como el hilo que con ligero pie extiende la araña al urdir su trama sutil en la viga abandonada. En verdad, no eran negros, ni tampoco rubios de oro, sino una mezcla feliz de uno y otro color. Tal en los húmedos valles del escabroso Ida se alza el arrogante cedro que ha perdido la corteza. Además, sometíanse dóciles y obedientes a tus caprichos, y no te producían ningún dolor. Jamás la fina aguja, jamás los dientes del peine se los llevaron tras sí, y tu peinadora jamás vió lesionado su cuerpo. Cien veces estuve presente en su tocador, y ni una sola tomó la aguja para pincharle el brazo. Cien veces la vi de mañana, cuando aun no había puesto ordenen los cabellos, medio tendida en el purpúreo lecho, y a pesar de su abandono, estaba tan seductora como la Bacante de Tracia, que deja reposar con languidez sobre el verde musgo su cuerpo fatigado. Ellos, tan sutiles que parecían un finísimo vello, ¡ay, cuántos daños y vejaciones hubieron de sufrir; con qué docilidad soportaron el hierro y el fuego, al convertirse en rizadas trenzas que se enroscaban en espiral! Yo gritaba: «¡Es un crimen, sí, es un crimen abrasar tales cabellos!; al natural son más lindos; ahorra a tu cabeza la visita del hierro, no los sometas a la violencia, no merecen ser quemados; ellos mismos indican su lugar a la aguja que se les aproxima.» ¡Ah!, pereció la hermosa cabellera que hubiese envidiado Apolo, y Baco querido que adornase su cabeza, sólo comparable a la que Venus recogía con su húmeda mano, al salir desnuda de las marinas olas. ¿Por qué lamentas la pérdida de tus cabellos martirizados?; ¿porqué, imbécil, con triste ademán, rechazas el espejo? Ya no te miras en él con el gusto que solías; para agradar aún, debes olvidarte de ti misma. No te perjudicaron las hierbas encantadas de una rival; no los lavó una vieja hechicera en las aguas de Hemonia, ni te los arrancó una grave enfermedad; ojalá este azote no caiga nunca sobre ti;

ninguna lengua envidiosa te despojó de sus trenzas espesas; sientes el menoscabo que les ocasionó tu culpa con la propia mano, al verter sobre tu cabeza tinturas venenosas. Ahora la Germania te proporcionará los cabellos de sus cautivas, y te adornarán los regalos de la gente vencida por nuestras armas. ¡Oh!, ¡cómo te llenarás de sonrojo si alguien ensalza tu cabellera, y exclamarás!: «Sólo aplaude los postizos que compré; no sé al presente qué mujer Sicambra alaba en mi persona, y, sin embargo, recuerdo que en otro tiempo estos elogios se dirigían a mí.» ¡Ah, desventurada!, apenas reprime las lágrimas, cúbrese el rostro con la mano, y el rubor colorea sus tersas mejillas. No cesa de contemplar sobre su regazo los antiguos cabellos, ¡ay de mí!, no merecedores de estar en el sitio que a la sazón ocupan. Oculta el sentimiento que tu cara delata; el mal no es irreparable; bien pronto serás admirada con tu natural cabellera.

XV

¿Por qué, mordaz envidia, reprendes mi vida desidiosa y llamas a mis versos fruto de un ingenio sumido en la pereza? Aunque alienta con brío mi edad, no sigo las huellas de mis antepasados tras los laureles polvorientos de la guerra; no aprendo el lenguaje ampuloso de las leyes, ni prostituyo mi elocuencia en las luchas venales del foro. Los trabajos que me ofreces son mortales, y yo ansío una fama imperecedera que extienda mi celebridad por los siglos en la redondez del Universo. El cantor de Meonia vivirá mientras permanezcan en su asiento la isla Tenedos y el monte Ida, y el Símois lance al mar su rápida corriente. Vivirá el poeta de Ascra mientras la uva fermenta en el mosto y la espiga de Ceres caiga al filo de la hoz encorvada; todo el mundo ensalzará siempre al hijo de Bato, más sobresaliente por el arte que por el ingenio; el coturno de Sófocles dominará siempre la escena, y Arato vivirá eterno, como el sol y la luna. En tanto que el esclavo sea falaz, el padre duro de condición, pérfida la alcahueta y fácil la meretriz, no perecerá Menandro. Ennio, poco conecedor del arte, y Accio, el de vigorosos alientos, han conquistado un nombre que desafía las injurias de los tiempos.

¿Quién olvidará a Varrón, el primer barco, y la áurea piel del Vello de Oro conquistado por el jefe Ausonio? Los versos de Lucrecio perecerán el día que perezca el orbe. Títilo, los frutos campestres y las hazañas de Eneas serán leídos mientras Roma impere sobre el Universo, conquistado por su valor, y también lo serán los tuyos, tierno Tibulo, en tanto que el arco y el fuego sean las armas de Cupido. Galo será conocido de los pueblos de Occidente y la Aurora, y con Galo su hermosa Licoris: que si el transcurso del tiempo desgasta las rocas y enmohece la reja paciente del arado, los poemas burlan las amenazas de la muerte. Cedan a los cantos de la poesía los reyes y sus pomposos triunfos, y con ellos cedan asimismo los opulentos raudales del aurífero Tajo. Que el vulgo admire lo deleznable, y el rubio Apolo me permita apurar los vasos llenos del agua de Castalia, y mi cabellera resplandezca con el mirto, que aborrece las escarchas, y sea

leído una y mil veces por la solicitud del amante. La envidia se alimenta con sangre de vivos, a la muerte los deja, y entonces el varón insigne se protege con la gloria que ha merecido. Así, cuando el fuego de la pira haya consumido mis restos, aun viviré, y será inmortal la parte mejor de mi existencia.

Libro segundo

I

Yo compuse esta obra, yo, aquel poeta Nasón, nacido en la lluviosa comarca de los Pelignos, que se divierte en cantar sus propios extravíos. Así me lo ordenó el Amor. ¡Lejos de aquí, muy lejos, bellezas intratables, no sois público adecuado a mis tiernos versos! Léame la virgen inflamada en presencia, de su prometido, y el sencillo adolescente que sufre por vez primera las angustias amorosas. Quiero que algún joven, herido por la misma flecha que yo llevo clavada, reconozca, leyéndome, las señales del fuego que le consume, y tras larga admiración exclame: «¿Por dónde este poeta ha penetrado y descubierto mis ocultos dolores?» Yo me atreví, aun lo recuerdo, y no me faltaba el aliento necesario, a cantar la lucha de los dioses contra Gías, el de los cien brazos, cuando la Tierra sació su horrible venganza y el Pelión cayó derrumbado con el arrogante Osa, que pretendía escalar el Olimpo. Yo tenía en mis manos los nublados, y a Jove con sus rayos, que vibraba impetuoso en defensa del cielo; mí amiga me cerró la puerta, y olvidé a Júpiter y sus rayos; sí, el mismo Júpiter se borró de mi mente. Perdona, padre de los dioses: tus rayos no me servían de provecho, una puerta cerrada me infundía más pavor. Volví a las caricias y ligeras elegías, armas que me pertenecen, y mis dulces frases quebrantaron la dureza de las puertas. Los cantos obligan a descender hasta nosotros la luna ensangrentada, y detienen en su carroza los blancos corceles del sol; los cantos arrancan a la serpiente su dardo venenoso, y fuerzan al río a retroceder hasta su fuente; las puertas se han rendido a mis cantos, y mis cantos corrieron los cerrojos en los postes de dura encina. ¿Qué me hubiese aprovechado ensalzar al veloz Aquiles? ¿Qué habrían hecho en mi favor los dos Atridas y el héroe que vagó errante por el mar los diez años que perdió en la guerra, y el desdichado Héctor, a quien arrastraron los corceles del príncipe de Hemonia? Mas desde que alabé el rostro hermoso de una tierna joven, ella misma viene a recompensar al vate por sus canciones. Gran premio han merecido. Nombres ilustres de los héroes, pasadlo bien. Vuestro favor no me conviene. Muchachas hermosas, oíd con faz sonriente los versos que me

dicta el Amor, de rosadas mejillas.

II

¡Oh Bagoa!, a quien confiaron la guarda de mi dueño, escúchame; tengo que decirte unas pocas y muy importantes palabras. Ayer la vi que paseaba por el pórtico de las hijas de Dánao; me declaré su cautivo, y en seguida la envié por escrito mi súplica, y me contestó con mano temblorosa: «No es posible. » ¿Y por qué no puedes? Replicó sin demora a mi pregunta que tu vigilancia le era excesivamente molesta. ¡Oh, guardiana!, si tienes prudencia, créeme, cesa de merecer el odio. Todos desean la ruina del sujeto a quien temen. El marido es también un insensato; ¿a qué tantas prevenciones por defender lo que se conserva sin necesidad de vigilantes? Entréguese furioso, como quiera, a los arrebatos de la pasión, y juzgue casta a su esposa, que agrada a cuantos la ven; mas tú en secreto concédele algún rato de libertad, ella te pagará con creces lo que le dieres; trabaja por convertirte en su confidenta, y la señora quedará sometida a la sierva. ¿Temes la complicidad?; finge que no la ves. ¿Lee a solas un escrito?; supón que le escribe su madre. ¿Llega a hablarla un desconocido?; pues pase adelante como si lo conocieras. ¿Va a visitar una amiga enferma de mentirijillas?; que la visite, y figúrate que lo está realmente. Si viniese tarde, por no velar esperándola largas horas, échate a roncar con la frente apoyada en las rodillas. No pretendas saber lo que pasa en el templo de Isis, la diosa vestida de lino, ni te cause inquietud lo que sucede en las gradas del teatro. El cómplice de un delito se ve siempre colmado de mercedes: ¿hay ningún trabajo tan fácil como el de callar? Él es el predilecto, él gobierna la casa, él no teme los azotes, él es todopoderoso, y los otros soez rebaño que yace en la servidumbre.

Ocultas al marido los motivos de queja verdaderos, inventándolos falsos, y los dos, como señores, aprobaréis lo que convenga a la mujer. Si el marido pone mala cara y arruga el entrecejo, una joven, con sus caricias, consigue pronto lo que pretende; sin embargo, de tarde en tarde conviene que provoque una reyerta contigo, y lllore fingidas lágrimas, y te llame verdugo, y que tú le contestes con imputaciones que ella destruya

fácilmente, y con su notoria falsedad impidan al esposo creer en los ultrajes reales. Con tal conducta crecerán de día en día tus honores y verás cómo aumenta tu peculio; sigue mis consejos, y dentro de poco habrás recuperado la libertad. ¿Ves a los delatores con el cuello cargado de cadenas? Un hediondo calabozo vino a ser el premio de su perfidia. Tántalo muere de sed en medio de las aguas, y ansía coger los frutos que se le escapan; castigo impuesto a la garrulería de su lengua. El guardián celoso en extremo con que Juno atormentó a Ío murió antes de tiempo, y ella es hoy una diosa. Yo vi cargado de hierro, que amaratava sus piernas, al hombre que reveló a un marido el incesto de su mujer, y el castigo fue menor de lo que merecía la culpa, pues con su lengua perversa causó dos males: la pena del marido y la ruina de la fama de la esposa. Créeme, ninguno oye con gusto semejantes acusaciones; si les presta atención, lo hace a su pesar; si no se indigna, pierdes la delación en sus oídos indiferentes, y si ama de veras, con tu oficiosidad ocasionas su desgracia. Aun la culpa manifiesta es difícil de probar, y la mujer se asegura con la benevolencia de su juez: aunque él mismo vea el delito, dará crédito a las negativas, condenará sus propios ojos, se reprenderá por sus sospechas, y al mirar las lágrimas de su esposa, las derramará también, gritando: «¡Este Chismoso me lo ha de pagar!» ¡Qué lucha tan desigual acometes! Al caer vencido, te espera una tanda de azotes, mientras ella se sentará sobre las rodillas de su juez. No maquinamos ningún crimen, no nos escondemos para componer brebajes venenosos, no fulminamos la espada desnuda en nuestra mano: sólo deseamos poder amar sin riesgo gracias a tu favor. ¿Puede haber cosa más inocente que nuestras súplicas?

III

¡Ay de mí!; tú, que no eres hembra ni varón, guardas a mi amada; tú, incapaz de conocer los placeres recíprocos de Venus. El primero que mutiló las partes genitales de un niño, debió padecer el mismo suplicio. Tú serías más complaciente y menos sordo a los ruegos, si antes te hubieses inflamado por alguna mujer. Tú no naciste para regir un caballo ni manejar las pesadas armas; tus débiles brazos no pueden sostener la lanza belicosa. Éstos son oficios varoniles y tienes que renunciar a los esfuerzos del varón. Obligado a seguir los pasos de tu señora, llénala de satisfacción con tus buenos servicios y aprovéchate de sus mercedes. Si llegas a perderla, ¿de qué servirás en el mundo? Su linda cara y sus pocos años incitan al placer. La hermosura no debe marchitarse en torpe abandono. Por mucho que extremes tu vigilancia, sabrá engañarte con facilidad; siempre se realizan las aspiraciones de los amantes, y como es mejor partido acudir a las súplicas, te rogamus que nos favorezcas ahora que puedes prestarnos excelentes servicios.

IV

Yo no me atrevo a defender mis relajadas costumbres, ni a esgrimir las armas de la falsedad en pro de mis vicios: los confieso, si de algo aprovecha declarar las propias culpas; los confieso y sigo como un loco aferrado a mis extravíos: los odio, y aun deseándolo, no puedo ser otro del que soy. ¡Qué pesado, soportar la carga que uno quisiera echar de los hombros! Me faltan las fuerzas para dominarme a mí mismo, y me dejo arrastrar como barco impelido por rápida corriente. No subleva mis pasiones una sola belleza; son muchas las que me obligan siempre al amor. Si una doncella baja en mi presencia modestamente los ojos, me inflamo, y su pudor se convierte en el enemigo de mi tranquilidad. Si la otra se presenta provocativa, me subyuga, porque su resolución alienta la esperanza de mil placeres en el blando, lecho. Si veo una intratable que imita la rigidez de las Sabinas, pienso que sabe querer y disimula con orgullo lo que quiere. La que juzga los versos de Calímaco sin primor, comparándolos con los míos, revela que le gusto, y bien pronto ella me rendirá a su vez; la contraria que reniega del poeta y sus versos, no me ofende, antes desearía yacer al lado de la que así me maltrata. Anda con aire diligente, y me cautiva con sus andares; tiene duras las facciones y no, me importa, ya se suavizarán al contacto del varón. Ésta me fascina por su voz dulcísima que emite sin ninguna violencia, y quisiera estampar mis besos en su boca deliciosa; aquélla recorre con sus ágiles dedos las vibrantes cuerdas de la lira, ¿y cómo dejaría de amar tan hábiles manos? Me sorprende la bailarina que agita los brazos a compás, por el arte insinuante, con que tuerce su cuerpo lascivo; y no se hable de mí que me inflamo por la menor causa, póngase ante ella Hipólito, y se convertirá en Príapo. Tú igualas con esa arrogante estatura a las antiguas heroínas y puedes cubrir con tu cuerpo un lecho espacioso, y tú me vences por lo diminuta: las dos me encadenáis, las dos, alta y baja, convenís a mis gustos. Es algo negligente, ¿y qué puede añadir el ornato a su belleza?; se ofrece ataviada con lujo, y brilla su espléndida distinción. Me domina la blanca lo mismo que la morena; en las de cutis obscuro no son menos

gratas las delicias de Venus. Si los cabellos de ébano le caen sobre la garganta de nieve, recuerdo que la hermosura de Leda consistía en su negra cabellera; si son rojos, que la Aurora sacude sus cabellos de color de azafrán, y me adapto por igual a todas las historias. Una novicia me atrae, una de edad madura me sugestiona; aquélla por sus carnes frescas, ésta por lo que sabe; en fin, que mi amor ambicioso quisiera llamar tuyas a todas las bellezas que se admiran en la ciudad.

V

Vete lejos con tus flechas, Cupido; ninguna mujer vale tanto que me haga desear la muerte a todas horas. Sí, deseo morir cuando recuerdo tu felonía, joven nacida para mi eterna condenación. Las tablillas engañosas no me han revelado tu proceder, ni delataron tu crimen los regalos furtivos que recibiste. ¡Ay!, ojalá al recriminarte salieses victoriosa de la prueba. ¡Desgraciado de mí! ¿Por qué es tan justa mi causa? Feliz el que ama y se atreve a defender en alta voz a su amiga, si ésta puede contestar: «Soy inocente.» Tiene un corazón de hierro y se complace demasiado en dar pábulo a su cólera, el que corre tras una palma ensangrentada con el castigo de la culpable. Por desgracia, cuando me creías dormido, vi yo mismo tu traición, porque no había apurado el vino que me sirvieron. Vi cómo hablabais largamente con el fruncir del entrecejo; con vuestros gestos os entendíais a maravilla: tus ojos no supieron callar, trazaste con vino en la mesa lo que querías, y hasta tus dedos se convirtieron en letras. No os riáis a mi costa; he comprendido vuestros coloquios, descifré las palabras ocultas en las señas que habíais convenido. Ya muchos comensales abandonaban la mesa sin manteles y no quedaban más que dos jóvenes detenidos, por la embriaguez. Entonces os sorprendí dándoos culpables besos, y me pareció oír que se chocaban vuestras lenguas: No eran los besos que da una hermana a su honesto hermano, sino los que la tierna querida brinda a su arrebatado amante: no eran los que Febo imprime en el rostro de Diana, sino más bien los que Venus regala a su caro Marte. «¿Qué haces? -exclamo-; ¿a quién concedes esos favores que son míos? Estoy dispuesto a defender con los puños mis derechos. Esos placeres sólo a mí corresponde darlos y exigirlos, son propiedad común de los dos. ¿Por qué un tercero ha de participar de tales dichas?» Así desahogué lo que me dictaba la cólera, y ella, reconociéndose culpable, se encendió de rubor. Como, se pinta el cielo cuando aparece la esposa de Titón, o la doncella que ve la primera vez a su prometido; como brilla la rosa purpurina en medio de los lirios, o se detienen los encantados corceles de la luna, o cual tiñe la mujer Meonia el marfil de Asiria porque

no se vuelva amarillento con los años, así se pintó de púrpura su rostro, o con matices muy semejantes, y acaso nunca resplandeció más hermosa. Miraba hacia el suelo, ¡y qué interesante estaba en su humildad!; la tristeza se reflejaba en su cara, multiplicando sus atractivos. Tuve la intención de mesar sus bien peinados cabellos y golpear iracundo sus tersas mejillas; pero mis robustos brazos postráronse ante la beldad, que supo defenderse con las propias armas. Yo que poco antes amenazaba, acudí rendido a las súplicas para que no me diese por tal motivo besos menos ardorosos. Ella se rió y me dio de corazón los más espontáneos, tales que podrían arrancar el mortífero rayo a las manos de Jove. Sólo me atormentaba el recelo de que hubiesen sido tan sabrosos los que concedió a mi rival, y quisiera que se los hubiese dado con menos ardor; porque, en efecto, revelaban más arte del que yo le enseñé, y que había a mis espaldas aprendido algo nuevo. Me sobresalté mucho al saborearlos, pues nuestras lenguas se juntaron rozando con suavidad los labios; mas no es esto lo que me desazona, no me quejo de los muchos besos que os disteis, y ya son motivo bastante a mi alarma, sino que tales lecciones sólo pueden darse en el lecho, y no sé qué maestro ha recibido por ellos un premio tan grande.

VI

Ha muerto el papagayo, ese pájaro de las Indias Orientales que imita nuestras voces. Pájaros, acudid en tropel a sus exequias, acudid en demostración de piedad, golpeando con las alas vuestros pechos, y clavaos en las cabezas las uñas afiladas. En vez de plañideras que retuerzan sus cabellos, arrancaos las hirsutas plumas y que vuestros cantos resuenen substituyendo a la fúnebre trompeta. ¿Por qué, Filomela, pregonas el crimen del tirano de Ismara? Los años han debido poner término a tus lamentos. No llores más que el fin lastimoso de esta rara ave: grande es la causa del dolor de Itis, pero ya muy antigua. Condoleos todos cuantos atravesáis las aéreas regiones, y antes que todos, tú, fiel tortolilla. Vivió la vida entera con vosotros en armonía, y ni en el postrer instante desmintió su acendrada fidelidad: Lo que fue el joven de Focea para Orestes el de Argos, lo fué para ti la tórtola mientras viviste, ¡oh papagayo! ¿De que te sirvió tanta fidelidad y la hermosura de tu raro plumaje? ¿De qué tu voz ingeniosa que imitaba los sonidos humanos, y por último haber hecho las delicias de mi amada desde el día que entraste en su casa? ¡Infeliz!; tú, la gloria de las aves, ya no existes. Tus plumas podían eclipsar las verdes esmeraldas, y tu pico encarnado competir con el rojo de la escarlata. No hubo en la tierra pájaro que hablase con tanta facilidad repitiendo los sonidos que oyese, y a pesar de tus prendas la envidia te mató. No te lanzabas a sanguinarios combates, eras comunicativo y amante de las dulzuras de la paz. Vemos a las codornices que viven peleándose con saña, y acaso por esta razón llegan a la vejez. Estabas mantenido con poco, y fuera de la necesidad de hablar, podías pasar largo tiempo sin alimento: la noche te servía de pasto, la adormidera te incitaba al sueño y unas gotas de agua templaban tu sed. Goza lengua vida el ávido buitre, el milano que describe amplios círculos en el aire y el grajo que anuncia la proximidad de la lluvia. Prolonga sus días la corneja aborrecida de Minerva, que apenas se prepara a la muerte después de nueve siglos, y ha muerto el pájaro locuaz que tan bien imitaba las voces humanas, el papagayo, presente que nos envían los últimos con fines del

orbe. Las manos avaras de la Parca casi siempre nos arrebatan de pronto las más óptimas cosas, y las más ínfimas tocan los últimos límites de la existencia. Tersites vió los funerales del hijo de Filaces, y Héctor quedó reducido a cenizas cuando aun vivían sus hermanos. ¿A qué referir los píos votos que hizo en. pro de tu salvación mi tierna amada, votos que empujó hacia el mar el Noto preñado de tempestades? Llegaste al séptimo día que te negaba ver la mañana siguiente, pues la Parca había hilado el estambre, de su rueca; mas no por ello se helaron las palabras en tu yerto paladar, y tu lengua moribunda exclamó: «Corina, pásalo bien.» A la falda del Elíseo álzase una selva de espesas encinas; la tierra húmeda se ve tapizada siempre de verde musgo, y si merecen crédito los cuentos de la fábula, dicen que en aquel lugar de las aves inocentes no son admitidas las carnívoras y rapaces. Allí los cisnes inofensivos pacen a su sabor con el fénix, la única inmortal de las aves; el pavón de Juno despliega altivo su brillante plumaje, y la paloma besa el pico de su ardiente esposo. Recibido por ellos como un nuevo habitante de la selva, el papagayo con su charla se atrae la benevolencia de tan buenos amigos. Guarda sus huesos un túmulo de grandeza proporcionada a tal cuerpo, y sobre una pequeña losa se lee este breve epitafio: «Comprendo por este sepulcro que supe agradar a mi dueña, y tuve para hablarla más talento del que suelen las aves.»

VII

¿Conque he de ser a todas horas víctima de nuevas acusaciones? Estoy cansado de combatir tantas veces por la victoria. Si mis ojos se elevan a las últimas gradas del fastuoso teatro, escoges entre mil la mujer que justifique tu resentimiento. Si una cándida muchacha pone en mí silenciosa sus miradas, la acusas de entenderse secretamente conmigo por los gestos del rostro. Si alabo a ésta, te mesas con furia los inocentes cabellos; si la difamo, sospechas que trato de disimular el engaño. Que el color arrebatara mi semblante, me culpas de frialdad hacia ti; que palidezco, en seguida crees que me muero por otra. En verdad te digo que quisiera ser culpable del yerro que me atribuyes; al menos soportaría con entereza de ánimo el castigo merecido; mas ahora me recriminas sin motivo, y creyendo de mí todo lo que sospechas, tú misma destruyes los efectos de tu cólera injustificada. Contempla al asno de largas orejas y suerte miserable: no acelera los pasos por más golpes que lluevan sobre sus lomos. He aquí mi nuevo delito: Cipasis, tu hábil peinadora, es acusada de haberse revuelto conmigo en el lecho de su señora. Los dioses me preserven, si abrigo alguna vez intenciones pecaminosas, de entregarme a una mujer de condición despreciable. ¡Qué hombre libre querrá unirse con los lazos de Venus a una esclava y estrechar sus espaldas lívidas a fuerza de azotes! Añade que es la encargada del ornato de tus cabellos, y que debes excelentes servicios a sus diestras manos. ¿Había de solicitar a sierva tan fiel a tu persona? ¿Qué iba a conseguir sino una repulsa y una acusación? Te lo juro por Venus y el arco del niño volador, soy inocente del crimen que se me imputa.

VIII

Cipasis, tan entendida en dar mil formas a una cabellera, que merecías dirigir el tocador de las diosas, yo te conocí no menos versada en los hurtos deliciosos que dispuesta a servir a tu señora, y más dispuesta a condescender a mis ruegos. ¿Qué indicio dejamos escapar de la unión de nuestros cuerpos? ¿Cómo Corina sospechó tus noches placenteras? ¿Acaso me delató el rubor o se me escapó cualquier palabra indiscreta que denunciase nuestros ocultos deleites? Pues qué, ¿no sostuve que si alguien quería holgarse con una sirvienta era sin duda porque había perdido el seso? El héroe de Tesalia se inflamó por la cautiva Briseida, y una sacerdotisa de Febo vióse amada por el rey de Micenas. Yo no soy más grande que el nieto de Tántalo o el invencible Aquiles; lo que pudo convenir a los reyes, ¿será en mí un estigma de vergüenza? No obstante, cuando ella fijó en ti sus ojos hechos brasas, observé que toda la sangre se agolpaba a tus mejillas. Si por ventura te acuerdas, ¡cuánta mayor fue mi serenidad, cómo juré Poniendo por testigo el numen potente de Venus! ¡Oh diosa!, te conjuro que ordenes al templado Noto arrastrar a las olas del Cárpatos el perjurio de mi ánimo sencillo! En pago del servicio, morena Cipasis, concédeme el dulce premio de estrecharte hoy en mis brazos. Ingrata, ¿rehusas y finges nuevos temores? Bastante es haber merecido la protección de uno de tus amos. Si te niegas, ¡insensata!, revelaré lo que ha pasado entre nosotros, y seré yo mismo el descubridor de mi falta: sí, Cipasis; contaré a tu señora en qué lugar y cuántas veces nos encontramos y la variedad que supimos dar a nuestros deleites.

IX

¡Oh Cupido, nunca bastante indignado contra mí, niño nunca perezoso en turbar mi sosiego!, ¿por qué me maltratas sabiendo que no deserté tus banderas y me clavas tus flechas dentro de mi propio campo? ¿Por qué tu antorcha abrasa, por qué tu arco hiere a los amigos? Alcanzarías más gloria humillando a los rebeldes. Por ventura el héroe de Hemonia después de hundir su lanza en el pecho enemigo, ¿no le sanó con ella la herida? El cazador persigue la presa fugitiva, la coge y la abandona, siempre afanoso por abatir otras nuevas. Nosotros que nos reconocemos tus súbditos sentimos el rigor de tus armas, y tus débiles brazos se detienen ante el que te ofrece resistencia. ¿Qué ganas con embotar tus finos dardos en mis huesos descarnados, ya que el amor me ha reducido a los huesos? Hay muchos mozos que no aman y muchas jóvenes en la misma situación; tu triunfo sobre ellos te conquistaría grandes alabanzas. Si Roma no hubiese desplegado sus fuerzas en la inmensidad del orbe, no sería al presente más que un hacinado montón de pajizas cabañas. Harto de pelear, el soldado trabaja los campos que se le han distribuído, deja la espada y echa mano a las rudas estacas. Los puertos espaciosos resguardan las naves de la tempestad; el potro libre de su prisión corre a pacer en los prados; el viejo gladiador depone la espada y recibe la vara que asegura el resto de sus días, y yo que tantas veces milité en las filas de Cupido, bien merezco gozar al cabo una vida tranquila.

Pero si un dios me dijese: «Vive por fin exento de cuitas», le disuadiría: ¡son tan dulces las penas del querer! Fatigado de la incesante lucha y con el fuego del corazón casi extinguido, no sé qué vértigo se apodera aún de mi alma extraviada. Como el caballo de dura boca despeña en el precipicio al caballero impotente para sujetarle con los frenos cubiertos de espuma; como un viento repentino rechaza el barquichuelo que próximo a tierra iba a tomar el abrigo del puerto, así me arrastra con frecuencia el soplo incierto de Cupido, y el Amor de purpúreo rostro vuelve a lanzarme los dardos que ya conozco. Hiere, niño, te ofrezco mi cuerpo desnudo y sin

armas; alardea de tus fuerzas y la habilidad de tu diestra. Como si las enviases, vienen a clavarse espontáneamente en mí tus saetas; acaso su aljaba les sea menos conocida que mi pecho. Desgraciado del que logra reposar toda la noche y considera el sueño un bien de alta estima. Imbécil, ¿qué es el sueño sino la fría imagen de la muerte? El destino te reserva largos siglos de descanso. Yo quiero que me engañen las dulces palabras de mi amiga; la sola esperanza del placer me proporciona inmensa satisfacción, y que ahora me diga ternuras, ahora me promueva reyertas; que hoy se entregue en mis brazos, y mañana me envíe noramala. Por tu causa, Cupido, es dudosa la suerte de Marte; tu padrastro mueve las armas siguiendo tu ejemplo. Eres versátil y mucho más ligero que tus alas, y das y niegas los placeres al tenor de tu capricho. Si a pesar de esto oyes mis súplicas, Cupido, y las oye tu hermosa madre, no dejéis desierto mi corazón de vuestro imperio, y que la tropa demasiado voluble de los jóvenes se someta a tu poder; así serás venerado por los hombres y las mujeres.

X

Lo recuerdo bien: tú, Grecino, sostenías que ninguno puede amar dos mujeres al mismo tiempo, y por ti he caído en el error, por ti me sorprendieron inerme, y amo torpemente a dos a la vez. Las dos son hermosas, las dos entendidas en las artes hasta el punto de ser difícil declarar cuál de ellas tiene superior talento. La una es más linda que la otra, y ésta más que aquélla, y ya me seduce la una, ya al reverso la otra. Como el esquife combatido por vientos contrarios, así estos dos impulsos comparten mi corazón.

¿Por qué, Ericina, duplicas mis tormentos sin fin?; ¿no me producía una sola bastantes zozobras? ¿Por qué esparces hojas sobre los árboles, multiplicas las estrellas del cielo y viertes sobre el vasto mar las aguas de los ríos? Sin embargo, prefiero este embarazo a languidecer en la indiferencia. A mis enemigos deseo una vida sin satisfacciones; a mis enemigos el dormir en un lecho solitario, y tender con lasitud el cuerpo sin dividirlo con nadie, y que el amor cruel interrumpa mi pesado sueño, y mis colchones no se hundan sólo bajo mi peso; que sin obstáculos una amiga agote mi pujanza, si puede una sola, y si no, que sean dos. Me agrada un talle ligero, aunque no sin brío; que no le abone la pesadez, pero sí el vigor de los nervios; la voluptuosidad dará a mis músculos la fuerza necesaria; en este punto ninguna joven fué por mí engañada. Cien veces, después de pasar la noche entera entregado al placer, me hallé a la mañana todavía fuerte y vigoroso. Feliz el que sucumbe en el ardiente certamen de Venus; quieran los dioses que sea ésta la causa de mi muerte. Ofrezca el soldado su pecho a los dardos del enemigo, y conquiste con su sangre un nombre inmortal; corra el avaro, tras las riquezas, y al naufragar, beba con perjura boca las olas salobres que barrieron su nave, y sea mi destino languidecer en las contiendas de Venus, y que la muerte me sorprenda en medio de sus placeres, y que alguno, con los ojos arrasados de lágrimas, diga en mi funeral: «Tu muerte ha sido en todo conforme con tu vida.»

XI

El pino arrancado de la cumbre del Pelión abrióse el primero una ruta peligrosa por las olas asombradas del mar, y sorteando con audacia los escollos, que le salieron al paso, trajo de regreso, cual rico botín, el carnero de áureos vellones. Ojalá las funestas olas hubiesen devorado la nave de Argos, para que nadie en adelante bogase con los remos por el piélago extendido. He aquí que huyendo del lecho que tan bien conoce Y los Penates domésticos, Corina se lanza a sus falaces derroteros. ¡Ay, desgraciada de mí!, por tu causa habré de temer el Euro y el Céfiro, el frío Bóreas y el templado Noto. Allí no admirarás ricas ciudades ni amenas selvas; la vista del mar cerúleo y pérfido es lo que te aguarda. En medio del Ponto no tropezarás las conchas de nácar ni las pintadas pedrezuelas que esmaltan la húmeda arena de la playa, y los blancos pies de las hermosas pisan con seguridad completa; mas el resto del camino ofrece graves peligros. Otros os cuenten las batallas de los vientos, los mares que infestan Escila y Caribdis, y las violentas acometidas de las rocas que dominan los montes Ceraunios, en qué puntos se ocultan las Sirtes y en qué sitio el promontorio de Malea,

que otros os lo refieran, y prestad crédito a sus relatos; ninguna tempestad amenaza al que los cree. Tarde vuelve a tierra el que suelta las amarras y lanza su barco a toda vela por la inmensa llanura. El navegante, lleno de zozobra, ve tan próxima la muerte como el agua al rugir de los contrarios vientos. ¿Qué será de ti si Tritón exaspera el hirviente oleaje? ¡Cómo la palidez se pintará en tu rostro! Entonces invocarás a los vástagos generosos de la fecunda Leda, y gritarás: «¡Feliz el que vive en la tierra natal!» Es más grato frecuentar el lecho, leer libros que interesen y pulsar con los dedos la lira de Tracia. Mas si la furia del huracán ha de llevarse mis vanas quejas, al menos que Galatea se muestre propicia a tu navegación. Nereidas, y tú, padre de todas ellas, la muerte de joven tan encantadota se os imputaría como un crimen. Parte acompañada de mi recuerdo, y vuelve con próspero viento cuyas impetuosas ráfagas hinchen tus velas. Que el gran Nereo empuje las olas sobre estas riberas; que los vientos soplen hacia aquí, y hacia aquí el flujo impela las aguas. Tú misma

rogarás al Céfiro que te ayude con su aliento, y con tu misma mano impulsarás la turgente vela. Yo, desde el litoral, descubriré el primero tu nave, bien conocida, y exclamaré : «¡Esta me devuelve mis dioses!» Me arrojaré en tus brazos con aturdimiento, te daré mil besos, y caerá la víctima ofrecida por tu fausto regreso. Extenderé la arena en forma de lecho, y cualquier montículo nos servirá de mesa, y entre los brindis de Lioo comenzarás tus largos relatos: nos explicarás cómo tu nave casi fue tragada por el abismo; me jurarás que viniendo hacía mí no sentías el frío de la noche ni la violencia del huracán, y aunque sea falso, todo lo creeré verdadero.

¿Por qué no creer regocijado lo que deseaban mis votos? Que el lucero de la mañana que hermosea el firmamento me traiga cuanto antes este día en su veloz carrera.

XII

Laureles del triunfo, venid a ornar mis sienes: vencimos; al fin reposa en mi seno esa Corina que el esposo, el guardián, la puerta y tantos enemigos impedían que fuese víctima de la astucia. Aquella victoria es digna de solemne triunfo, en que se conquista la presa sin derramar una gota de sangre. No escalé débiles muros, ni cualquier fortaleza con pequeños fosos, sino que una bella ha sido el premio de mi hábil estrategia. Cuando cayó Pérgamo vencida tras un asedio de diez años, ¿qué parte de alabanza cupo al hijo de Atreo, siendo tantos los héroes? Pero mi gloria me pertenece del todo; ningún soldado me ayudó a conquistarla, ningún otro puede ostentar los títulos de mi hazaña. El éxito coronó mis bríos como jefe y como soldado; yo mismo fui el caballero, el infante y el portabandera; el azar no intervino nada en mis buenos sucesos, y el triunfo ha sido el galardón de mi constancia. Yo no daré motivos a nuevas guerras. Si no hubieras sido raptada, hija de Tindaris, no se hubiera turbado la paz entre Asia y Europa. Una mujer armó las manos de los salvajes Lapitas y los bifformes Centauros, torpemente entregados a los excesos de la embriaguez; una mujer impulsó a los troyanos en tu reino, justo Lalino, a lanzarse de nuevo a la feroz carnicería de las batallas, y una mujer, en los primeros tiempos de Roma, indujo asimismo a los habitantes a revolverse contra sus suegros. Yo vi a dos toros que se disputaban una blanca ternera, que, como espectadora del combate, alentaba su valor. A mí Cupido me ordenó enarbolar la bandera de sus numerosos, secuaces, y la he conservado sin manchas de sangre.

XIII

La imprudente Corina ha puesto en peligro su vida, destruyendo con un abortivo el peso que abrumaba su vientre. En verdad que merece mi cólera por exponerse a tanto riesgo sin mi conocimiento; mas la cólera cede ante el temor. Sin duda, o habría concebido de mí, o al menos así lo creo; acostumbro a dar por cierto aquello que es posible. Isis, que habitas Paretonio y las feraces tierras de Canopo, con Menfis y Faros ceñida de palmeras, y las llanuras en que el rápido Nilo abandona su vasto lecho y por siete bocas tributa sus aguas al mar, te ruego por tu sistro y por la veneranda cabeza de Anubis, y así el pío Osiris acepte siempre gozoso tus sacrificios, la serpiente aletargada se deslice con lentitud en torno de las ofrendas, y Apis, con sus cuernos de oro, acompañe tu pompa, que vuelvas a esta parte tus miradas, y con la salvación de Corina salves a dos, pues tú darás a ella la vida y ella a mí. Con frecuencia la viste celebrar sentada tus sacros festejos a la hora en que los sacerdotes Galos se ceñían de laureles. Tú, que tanto compadeces en los difíciles meses de la gestación a las madres que retardan el paso con el fruto de sus entrañas; compasiva Ilitia, ven y oye favorable mis preces; es digna de contarse entre tus protegidas. Yo mismo, vestido de blanco, quemaré el incienso en tus aras humeantes y depositaré a tus pies las prometidas ofrendas, grabando estas palabras: «Ovidio Nasón, por la salud de Corina.» Diosa inclínate a merecer tal inscripción y tales ofrendas. Y tú, amada mía, si me es lícito aconsejarte, viéndote sobresaltada de tanto temor, guárdate de repetir nuevamente lo que acabaste de hacer.

XIV

¿Qué aprovecha a las jóvenes no verse obligadas a la guerra ni a seguir, con el escudo al brazo, los fieros escuadrones, si se hieren con sus dardos, sin que Marte las provoque, y arman las ciegas manos contra la propia vida? La primera que se resolvió a abortar el feto de sus entrañas merecía caer al filo de sus mismas armas. Pues qué, para que el vientre no delate con sus rugosidades tu falta, ¿era indispensable arrasar el triste campo en que sostuviste la lucha? Si las antiguas matronas siguieran costumbre tan fatal, la raza de los hombres hubiese perecido por su culpa, y fuera preciso un nuevo Deucalión que, arrojando piedras en el orbe desierto, echase otra vez las semillas del humano linaje. ¿Quién habría quebrantado las huestes de Príamo, si Tetis, la diosa dé los mares, rehusara alimentar nueve meses en su seno el fruto concebido? Si Ilia ahogara en el hinchado vientre los hermanos gemelos, hubiese perecido el fundador de la ciudad dominadora del mundo; si Venus en su preñez expulsara con violencia a Eneas, la tierra estaría hoy huérfana de los Césares, y tú también, hermosa, hubieras muerto antes de nacer, si tu madre llegara a imitar tu conducta.

Yo mismo, que tengo por gran suerte morir amando, no habría visto la luz del sol, si mi madre me estrujara en su cuerpo. ¿Por qué despojas la fecunda viña de los nacientes racimos y coges del árbol los frutos verdes todavía? Así que maduren, caerán de su peso. Deja crecer lo que nació; la vida cobra alto valor con una poca paciencia. ¿Por qué destrozáis vuestras entrañas con el hierro mortífero, y propináis crueles venenos a los niños que aun no nacieron? Nadie perdona a Medea haber derramado la sangre de sus hijos, y todos lamentan la suerte de Itis degollado por su madre; una y otra fueron despiadadas; mas por tristes motivos, una y otra se vengaron de sus esposos, en los hijos comunes. Decidme, ¿qué Tereo, qué Jasón os incita coléricas a poner en vuestros cuerpos una mano criminal? Tamaña atrocidad ni la cometen los tigres en los antros de Armenia, ni la leona se atreve nunca a malograr sus partos, y lo ejecutan

las tiernas jóvenes, aunque no impunemente, pues muchas veces paga con la vida la madre que destruye en el útero el fruto de su fecundidad. Si sucumbe, con el cabello desgredado se la tiende sobre el fúnebre lecho, y exclaman cuantos la ven: «Mereció su fin.» Mas que mis dichas se pierdan en la atmósfera vacía y mis presagios no traigan tan fatales consecuencias. Dioses clementes, perdonad la primera falta de mi amada; habréis hecho bastante, y que lleve el condigno castigo si osare reincidir.

XV

Anillo que has de ceñirte al dedo de mi hermoso dueño, y cuyo precio lo avalora el amor de quien lo regala, corre a su casa como un grato presente que reciba con franca alegría; resbala en seguida por sus flexibles articulaciones, y ajústate como ella a mí, siendo la medida exacta de su dedo, sin lastimarlo. Feliz anillo, serás el juguete de mi señora; yo mismo, desgraciado, aparezco envidioso de mis dones. Así pudiera de súbito convertirme en mi regalo por las artes mágicas de Ea o del viejo de Cárpatos. Entonces intentaría rozar los pechos de mi amada cuando, su mano izquierda penetrase bajo la túnica, y por más sujeto que estuviera, resbalaría del dedo, y suelto, gracias a mi habilidad, me dejaría caer sobre el turgente seno. Asimismo, cuando quisiera sellar las secretas tablillas, para impedir que la cera se adhiriese a la seca piedra, rozaría el primero los húmedos labios de mi hermosa, siempre que no sellase escritos que hubieran de afligirme. Si me relegara a permanecer oculto en el escritorio, me rebelaría, contrayéndome y quedando sujeto en mi sitio. Que no sea, jamás para ti, vida mía, un motivo de sonrojo, ni grave carga que tu mano delicada rehuse llevar. No me abandones, ya introduces tu cuerpo en el agua caliente, ya resuelvas bañarte en las ondas del río; aunque temo que viéndote desnuda, el deseo despierte mis sentidos y el anillo haga el oficio del amante. Mas ¿a qué tantas protestas inútiles? Marcha, regalo insignificante, a que ella vea en ti el testimonio de mi fidelidad.

XVI

Estoy en Sulmona, tercer cantón del territorio de los Pelignos, comarca angosta, pero muy saludable por los arroyos que la atraviesan. Aunque desde la ardiente constelación de la perra de Icaro el sol hienda la tierra con sus rayos abrasadores, los campos Pelignos son regados por cien venas cristalinas, y la fresca hierba tapiza el fecundo suelo. Tierra fértil en espigas, y aun más fértil en racimos, amén de producir alguno de sus campos la oliva consagrada a Palas. Los arroyos que serpentean entre el musgo renaciente extienden una verde alfombra sobre la húmeda tierra; pero mi amor está ausente de aquí; dije mal, está lejos la que me lo inspira, pues siempre lo llevo conmigo. Si me honraran colocándome entre Cástor y Pólux, lejos de ella, no quisiera habitar el cielo. Sufran una muerte angustiosa y siéntanse oprimidos por la pesadez de la tierra los que emprendan largos viajes para recorrer el mundo, y ordenen que si los jóvenes han de vagar en interminables caminatas, las lindas muchachas vayan en su compañía. Entonces, aunque estremecido de frío escalase los ventisqueros de los Alpes, me parecería delicioso el viaje yendo con mi amada;

con ella osaría atravesar las Sirtes de Libia y desplegar las velas al Noto enemigo; no me asustarían los perros portentosos que ladran en las caderas de la virginal Escila, ni los pérfidos golfos de la costa de Malea, ni las olas que vomita y sorbe por la boca Caribdis, hinchada con las naves que devora. Mas si los vientos desencadenados vencen a Neptuno, y la onda arrebatada a los dioses que habían de socorrernos, cuélgate de mis hombros con esos brazos de nieve, y soportaré sin fatiga tan dulce carga. Cien veces el joven Leandro, por ver a su Hero, atravesó las olas a nado, y lo consiguiera la última vez a no ocultarle el camino la obscuridad. Mas sin llevarte a mi lado, aunque esparza la vista por las tierras cubiertas de viñedos y los campos que riegan corrientes caudalosas, y vea al labrador que dirige por la acequia las ondas sumisas, y como el aura suave balancea las ramas de los árboles, no creeré encontrarme en el sano país

de los Pelignos, ni pisar en el pueblo natal los campos de mi padre, sino más bien en la Escitia, entre los fieros Cilitios y los Bretones de verdosa tez, o en los peñascos enrojecidos por la sangre de Prometeo. El olmo ama la vid, la vid no abandona al olmo; ¿por qué yo me veo con tal frecuencia separado de mi prenda? ¡Ah, tú jurabas ser siempre mi fiel compañera por mi dicha y por tus ojos, estrellas que guían mis plantas. Las promesas de las jóvenes se las llevan por doquier las aguas y los vientos más rápidamente que las hojas caídas Si aun queda en ti un resto de piedad por mi aislamiento, comienza a traducir en hechos tus promesas. Engancha sin tardar a tu ligera carroza los fogosos caballos, y que sacudan las flotantes crines por estos lugares. Vosotros, montes altivos, inclinaos a su llegada y ofrecedle por vuestros sinuosos valles un camino sin obstáculos.

XVII

Si alguno considera cosa torpe el servir a una bella, quedaré a su juicio convicto de esa vergüenza; mas no me importa el dictado de infame, siempre que me trate con menos crueldad la diosa que reverencian Pafos y Citera batida por las olas. Ojalá sea benigna la señora que me reduzca a la servidumbre, puesto que forzosamente he de perder la libertad por una hermosa. La belleza engendra el orgullo; Corina se enorgullece de su cara. ¡Desgraciado de mí!, ¿porqué se conoce ella tan bien? ¡Claro!, su arrogancia crece al contemplarse en el espejo, y nunca se mira en él hasta después de componerse a la perfección. Aunque la beldad te da sobre todos un absoluto señorío, y por ende ha conseguido fascinarme, no creas que te es lícito el desprecio comparándome contigo: lo inferior suele unirse a lo grande. Se dice que la ninfa Calipso, enamorada de un mortal, le detuvo a la fuerza en su isla; se sabe que una Nereida tuvo tratos íntimos con el rey de Pthia, y Egeria con el justo Numa, y Venus con Vulcano, que al dejar el yunque presentábase a su vista tiznado y tambaleándose con el pie cojitranco.

Esta misma combinación métrica es desigual y el verso heroico se enlaza perfectamente con el segundo más corto. Así, pues, luz de mi vida, recíbeme afable con las condiciones que te plazca imponerme; pero dítame tus leyes tendida en el lecho. Nunca me convertiré en tu acusador, ni vengaré tus desvíos, y no tendremos motivos para renegar de nuestro mutuo afecto. Valgan para ti mis felices versos por una gran renta; son muchas las que quisieran que las nombrase en ellos. Sé de una que en todas partes pretende pasar por Corina; ¿qué no daría a trueque de serlo? Mas ni se deslizan por el mismo cauce el frío Eurotas y el Po sombreado de álamos, ni otra ninguna será como tú cantada en mis libros. Tú serás la única que exalte la inspiración de mi ingenio.

XVIII

Mientras tú, Macer , celebras en tu cantos al indignado Aquiles, y vistas las primeras armas a los príncipes juramentados, nosotros reposamos a la sombra de la indolente Venus, y el tierno niño quebranta nuestros audaces arrestos. No pocas veces dije a mi amada: «Retírate por fin»; y me contestó sentándose de improviso sobre mis rodillas. Otras le dije: «Tengo vergüenza»; y mal reprimidas sus lágrimas, exclamó: «¡Desgraciada de mí!, ya te avergüenza el amarme.» Ciñó mi cuello con sus brazos y estampó en mi cara mil besos que fueron mi perdición. Caí vencido; mi ingenio ya no cantará encarnizados combates, sino mis guerras personales y las empresas que se realizan en la paz. No obstante, empuñé el cetro, la vocación me inclinaba al cultivo de la tragedia, y me sentí con aptitud para tan difícil empeño. El Amor se rió de mi manto, mis pintados coturnos y del cetro empuñado por una mano que no acertaba a sostenerlo: el influjo de mi tiránica amiga me apartó de la empresa, y triunfó del vate que se había calzado el coturno. Ya que sólo esto se me consiente, enseñaré las artes de que se vale el tierno Amor, y, ¡ay de mí!, soy la primera víctima de mis preceptos.

Escribo la sentida carta de Penélope a su Ulises, y cuento las lágrimas de Filis en su abandono; lo que han de leer París y Macareo, el ingrato Jasón, el padre de Hipólito e Hipólito mismo; las quejas en que prorrumpe, la mísera Dido, y las de la poetisa de Lesbos acompañada por la lira de Eolia. ¡Con qué prontitud mi amigo Sabino ha recorrido el orbe trayéndome las respuestas de cien lugares distintos! La casta Penélope reconoció el sello de Ulises, y Fedra leyó la misiva de Hipólito. Ya el pío Encas respondió a la desgraciada Elisa, y Filis, si vive todavía, habrá leído la epístola esperada. La carta fatal de Jasón ha llegado a manos de Hipsipila, y Safo, amada por Apolo, puede ya entregarle la lira que le ha consagrado. Tú, Macer, que bajo la tienda de campaña cantas las bélicas empresas, no olvides el amor en medio de los afanes de Marte. Allí está Paris con la adúltera famosa por su crimen, y Laodamia que acompaña a su difunto

esposo. Si no me engaño, tratas estos asuntos con el mismo placer que las guerras, y desde el tuyo a veces te trasladas a mi campo.

XIX

Estólido, si no tienes necesidad de vigilar los pasos de tu mujer, vigíla por mí y me la harás mucho más apetecible. Lo que se nos permite lo estimamos en poco; lo que se nos prohíbe enciende nuestro ardor. Tiene un corazón de hierro el que acepta lo que otro le consiente; los amantes debemos esperar y temer a la vez, y como estímulo de nuestra ansiedad llevar alguna que otra repulsa. ¿ De qué me sirve la fortuna si no puede engañar nunca mis aspiraciones? Yo amo lo que es capaz de ocasionarme un tormento. La astuta Corina advirtió en mí este flaco, y adivinó con sagacidad los medios más hábiles para prenderme. ¡Ah!, ¡cuántas veces estando sana fingió atroces dolores de cabeza, y me despidió y ordenó retirarme con paso lento!; ¡cuántas a su capricho simuló conocer mis traiciones, y siendo ella la culpable aparecía con el disfraz de la inocencia! Pero después de atormentarme y atizar el fuego casi apagado, satisfacía dulce y rendida mis exigencias. ¡Qué de caricias, qué tiernas palabras me decía y qué de besos, grandes dioses, tan ardientes me prodigaba! Tú que hace poco cautivaste también mis ojos, muéstrate temerosa de la falsedad; rogada niega tus favores, y deja que tendido en el umbral de tu puerta me hielen los rigurosos, fríos de una noche de invierno. Así perdura mi pasión y cobra bríos sin cesar; esto me estimula, éste es el alimento que conviene a mi ánimo. El amor tranquilo y demasiado fácil acarrea pronto el tedio, como un manjar dulce en extremo perjudica al estómago. Si, la torre de bronce no, encerrase nunca a Dánae, Júpiter no la habría hecho, madre; y mientras Juno vigila a la coronada de cuernos, ésta aparece más graciosa que antes a la vista del padre de los dioses. El que se contenta con los placeres fáciles y lícitos, vaya a coger las hojas de los árboles y tome el agua en la corriente de un río caudaloso. La que pretenda reinar largo tiempo, sepa engañar al amante. ¡Ay de mí!; que no me vea atormentado por mis propios consejos. Sea lo que quiera, me repugna un grato acogimiento a todas horas; huyo de la que me sigue, y acoso a la que huye de mí. Mas tú que vives tan seguro de la fidelidad de tu hermosa compañera, comienza a cerrar tu puerta a la proximidad de la

noche, comienza a indagar quién golpea furtivamente sus umbrales, y por qué ladran los perros en medio del nocturno silencio; qué tablillas le trae y le lleva una ladina sirvienta y qué causa la obliga a dormir tantas veces en lecho separado. Que esta zozobra muerda alguna vez las medulas de tus huesos y preste ocasión y materia a mis astucias. El que pueda amar a la esposa de un estólido, puede lo mismo robar las arenas de la desierta playa; y, en fin, te lo prevengo, si no vigilas celoso a tu mujer, no tardaré en dejar de ser su amante. He sufrido mucho y por, largo tiempo esperé con paciencia que un día vigilases su conducta de modo que no me avergonzase yo de mis solícitos afanes, y sigues tan tranquilo aguantando lo que no tolera ningún marido, y tendré que poner fin a unas relaciones que tú permites. ¿Seré siempre tan infeliz que nunca se me prohíba la entrada en tu casa? ¿No me asustará ninguna noche el vengador de sus ultrajes? ¿No temeré a nadie durante el sueño ni lanzaré suspiros de terror? ¿No harás alguna demostración por la cual yo desee con motivo tu muerte? ¿Qué tengo de común con un marido tan tolerante que es el cómplice de su mujer? Tu vil consentimiento emponzoña mis placeres, ¿Por qué no buscas otro que se huelgue de tanta paciencia? Si quieres que yo sea tu rival, prohíbemelo ser.

Libro tercero

I

Créese que se oculta el templo de una divinidad cierta antigua selva que en muchos años no ha conocido los golpes de la segur; brota allí sagrado manantial bajo una gruta tallada en la roca, y las aves gorjean dulcemente por todas partes; allí me paseaba protegido por la sombra de los árboles, absorto en la obra que había de producir mi Musa, cuando se me acercó la Elegía con los cabellos perfumados y bien dispuestos, pareciéndome que el uno de sus pies. era más largo que el otro: el porte distinguido, la túnica transparente, el aspecto de enamorada y hasta el vicio de los pies contribuía a realzar sus gracias. Acercóseme también a grandes pasos la violenta tragedia, cuyos cabellos flotaban en la frente amenazadora, barriendo el suelo con el manto; en la mano izquierda empuñaba orgullosa el cetro real, y el coturno de Lidia ennoblecía sus plantas, y me dijo la primera: «¿Cuál será el fin de tus amores, ¡oh poeta!, tan remiso en desenvolver tu argumento?» En los báquicos festines se comentan tus locuras lo mismo que en las angostas encrucijadas. Con frecuencia el dedo de alguno señala al vate que pasa, y exclama: «Éste es el que se siente devorado por un amor intenso.»

Sin percartarte eres la fábula de toda la ciudad, cuando falto de pudor relatas tus trapisondas. Ya es tiempo de que empuñes el tirso con vigoroso aliento, harto has descansado; acomete empresas de mayor brío. Achicas tu ingenio con la insignificancia de los asuntos; celebra las hazañas de los héroes, y gritarás con razón: «Tal gloria estaba reservada a mi esfuerzo. » «Tu ilusa juguetona se recrea en componer cantos que repiten las bellas, y en tan frívolo empleo pasaste la primera juventud. Ya es hora que por tu genio conquiste un nombre la tragedia romana; lo tienes de sobra para desempeñar tan alta misión.» Así dijo, se irguió arrogante en los nobles coturnos y sacudió tres o cuatro veces la cabeza poblada de espesa cabellera. La otra, si mal no recuerdo, sonrió mirándola de reojo. ¿Me equivoco, o llevaba en la mano una vara de mirto? «Orgullosa Tragedia -le responde-, ¿por qué me intimidas con frases amenazadoras? No puedes dejar un momento tu severidad. A pesar de esto te has dignado acudir al empleo de medidas desiguales, y me has atacado con los versos que me

son propios. Yo no pondré en parangón tus cantos sublimes con los míos; tu suntuoso palacio aplasta tu humilde cabaña.

Soy ligera y sólo trato de Cupido, tan ligero como yo, y no elevo el tono más de lo que conviene al asunto. Sin mí la madre del Amor retozón pierde sus hechizos; soy a la par confidenta y compañera de la diosa. La puerta que tú no conseguirías abrir con tu fiero coturno cede con suma facilidad a mis caricias, y, no obstante, merecí más que tú, soportando muchas cosas que no podrías tolerar sin fruncir el entrecejo. Por mí aprendió Corina a burlarse de su guardián y a romper la cerradura de una puerta bien asegurada; a descender del lecho medio cubierta con la túnica recogida, y mover los tácitos pies en las sombras de la noche. ¡Cuántas veces me suspendí ante su puerta inexorable sin temer que me reconociese la gente que pasaba! Hay más: recuerdo que la criada me acogió un día en el seno hasta que saliera el severo guardián de su ama. ¡Qué digo!, ¿no fui yo el regalo que le enviaste el día de su natalicio, y ella lo rompió colérica y arrojó los pedazos al agua? Yo he sido la primera que fecundizó los gérmenes de tu talento poético; lo que la Tragedia te pide, de mí sola lo recibiste.» Cesaron de contender y tomé así la palabra: «Por vuestro propio honor os ruego que escuchéis atentas mis tímidas voces. La una me brinda el cetro y elevado coturno; y ya brotan frases grandilocuentes de mi boca entreabierta; la otra da a mi amor una fama imperecedera; venga, pues, ésta y añada a los versos largos los cortos. Tragedia, concédela vate un momento de espera; tus obras reclaman mucho espacio y las de la Elegía breves instantes.» Persuadida al fin, accedió a mi súplica: que los tiernos amores se apresuren a gozar la ocasión; después me espera una obra de más grandeza.

II

No me siento aquí porque me interese el certamen de los generosos corceles, aunque deseo que venza aquel a quien favoreces; vine por hablar contigo, por acercarme a tu lado y porque no te sea desconocido el amor que me infundes. La carrera atrae tus miradas; yo pongo en ti las mías; contemplemos los dos el espectáculo que nos place, y hártense en el de placer nuestros ojos. ¡Oh, feliz, sea quienquiera, el corredor que tú favoreces, puesto que alcanzó la dicha de tu preferencia! ¡Que no tuviese yo igual suerte! Entonces, librando los caballos de la estrecha cárcel, me lanzaría a la carrera con ímpetu esforzado, y ya aflojaría las riendas, ya sacudiría el látigo sobre los lomos, ya aproximaría las ruedas casi hasta rozar la meta; mas si llegaba a distinguirte en medio del torbellino, me detendría al instante, y las riendas abandonadas se me caerían de las manos. ¡Ay!, mientras contemplaba tu rostro hermosa Hipodamia, cuán cerca estuvo Pelops de caer muerto por la lanza del rey de Pisa; pero al cabo venció, alentado por tu favor; así venzamos todos los jóvenes gracias a los votos de nuestras queridas. ¿Por qué te apartas en vano de mí? La grada nos obliga a estar unidos, las leyes del circo nos ofrecen tales ventajas;

mas tú no la estrujes, pues se siente molestada por el contacto de tus codos, y tú, que asistes al espectáculo detrás de nosotros, recoge por favor un poco las piernas y no claves tus duras rodillas en su espalda. Veo que tu manto, medio desprendido, se arrastra por el suelo; recógelo, o lo levantará mí solícita atención. Se sentía celoso por cubrir tan lindas piernas; sí, se sentía celoso contemplándolas a su sabor. Tales eran las de la veloz Atalanta, que Milanión hubiera querido tocar con sus manos; tales las de Diana que, con la túnica a la rodilla, acosa intrépida las fieras del bosque. Si me abraso por tales piernas que no logré ver, ¿qué me habría pasado al descubrir las tuyas? Añades fuego a la llama y aguas al mar. Por lo que he visto, sospecho cuánto me enajenarían los tesoros, que velan tus vestidos transparentes. En el ínterin, si quieres refrescarte la cara con un aire ligero, mi mano se encargará gustosa de agitar el abanico. ¿O es, más bien que el temple del aire, el fuego de mi alma lo

que te abrasa y un amor arrebatado prende en tu cautivo pecho?

Mientras charlo, tu blanco vestido se ha cubierto de negro polvo. Sucio polvo, huye de su níveo cuerpo. Pero ya sale la pompa procesional; silencio y atención: llega el momento del aplauso, viene la brillante pompa. En primer lugar, resplandece la Victoria con las alas extendidas. Ven aquí y haz, ¡oh diosa! que triunfe mi amor. Aplaudid a Neptuno los que os fiáis demasiado de las olas: yo no tengo nada que ver con el piélago, y vivo contento en mi tierra. Soldado, aplaude a tu dios Marte; aborrezco las armas, soy amigo de la paz y del amor, que vive en medio de sus dulzuras. Que Febo sea propicio a los augures, Diana a los cazadores, y Minerva reverenciada por los artífices manuales. Labriegos, alzaos en presencia de Ceres y el tierno Baco, el púgil conquiste los favores de Pólux y el caballero los de su hermano Cástor. Nosotros reservamos los aplausos para ti, dulce Venus, y el rapaz de potentes flechas; diosa, favorece el principio de mí empresa, infunde en mi amada nuevos pensamientos, para que corresponda a mi predilección. Accede a mi súplica, y con el gesto me ha hecho una señal favorable. Lo que la diosa me concedió, te ruego que lo prometas tú misma, y lo diré, con perdón de Venus: serás para mí una diosa mayor. Lo juro por todos los testigos presentes y por la pompa de los dioses: tú serás eternamente mi dueño adorado; pero tus piernas penden al aire; si gustas, puedes apoyar las puntas de los pies sobre estos listones. Ya el circo se despejó; va a comenzar el espectáculo; el pretor da la señal, y las cuadrigas salen a la vez de sus cárceles. Veo por quién te interesas; vencerá con tu favor; diríase que los mismos corceles penetran tus deseos. ¡Desgraciado de mí!; describe un gran arco en torno de la meta. ¿Qué haces?; tú rival la pasa casi rozando. ¡Infeliz de ti!; inutilizas los buenos deseos de mi amada; por favor, recoge con vigorosa mano la rienda izquierda. Favorecimos a los inhábiles; pero, romanos, llamadlos de nuevo y dadle señal agitando las togas por doquier. ¡Ah!, los llaman, y si quieres evitar que el movimiento de las togas descomponga tus cabellos, puedes resguardar tu cabeza entre los pliegues de la mía. Ya se abren otra vez las puertas de las cárceles, y los combatientes con túnicas de distinto color, lanzan sus bridones a toda rienda. A lo menos ahora toma la delantera, y vuela por el espacio que libre se le ofrece, esforzándose por que se cumplan mis votos y los de mi amada. Los votos de mi amada se han

cumplido; restan sólo los míos; el vencedor recoge la palma, yo tengo que ganarla todavía. Ella se rió, y con sus expresivas miradas me hizo alguna promesa. Me basta por hoy; mañana me concederá lo demás.

III

¿Creeré en la existencia de los dioses? Se burló de la fe jurada, y su rostro permanece tan hermoso como antes; tan largos como eran sus cabellos antes del perjurio lo son después de haber engañado a los númenes. Ayer las rosas purpúreas se fundían en la blancura de su tez, y hoy el rubor la colorea con más rojos matices; su pie era diminuto, y aun conserva su lindísima forma; alta fué y graciosa, y alta y graciosa sigue siendo; tenía unos ojos provocados, y todavía resplandecen como estrellas los ojos con que me burló tan a menudo su perfidia. ¿Será que los dioses permiten eternamente a las muchachas los falsos juramentos, o que la hermosura es otra especie de divinidad? Recuerdo que ella juró poco ha por sus ojos y los míos, y sólo los míos han llorado. Decidme, dioses, si ella os burla impunemente, ¿por qué sobrellevo el castigo que otra merece? ¿No os declarasteis sin reparo contra la virgen Cefea, condenándola a muerte por el orgullo que sintió su madre viéndola tan hermosa? ¿No bastó que fueseis para mí testigos sin crédito, y que ella, incólume, se riera de mí y de los dioses? ¿Se redimirá del perjurio con mi pena y, sobre engañado, seré además víctima de la engañadora? O el nombre de dios no tiene realidad y se le teme sin razón por la necia credulidad de los pueblos, o si existe un dios se declara amante de las tiernas doncellas y les permite atreverse a crueles iniquidades. Empuña Marte contra nosotros la mortífera espada, y con invencible diestra Palas nos asesta su lanza; en nuestro daño se encorva el arco flexible de Apolo, y el potente brazo de Jove fulmina sobre nuestras cabezas el rayo; pero los dioses, aun agraviados, evitan ofender a la hermosura y hasta temen a las que desafían su cólera. ¿Y hay quien se afane por quemar el piadoso incienso en las aras? Es indudable que los hombres debían alardear de ánimo más esforzado. Júpiter, que lanza sus rayos sobre los bosques y las fortalezas, prohíbe a sus dardos de fuego que hieran a las perjuras. Muchas merecieron el castigo, y sólo abrasó a la desventurada Semele, sólo ésta arrostró la pena de su excesiva complacencia. Si se hubiese substraído a los obsequios del amante, no habría llevado el padre la carga de Baco que

correspondía a la madre. Mas ¿a qué me lamento y revuelvo airado contra el cielo? Los dioses también tienen ojos, los dioses también tienen corazón, y si yo fuese un dios consentiría, sin darme por ofendido, que la mujer con sus embelecos engañase mi divinidad; yo mismo ¿firmaría con juramentos que las doncellas no juraban en falso, y no dirían de mí que fuese un dios adusto; sin embargo, acostúmbrate a usar de su clemencia con moderación, o por lo menos, joven, ten piedad de mis ojos.

IV

Rígido esposo que Pusiste un guardián a tu juvenil compañera, son inútiles tus precauciones: la mujer se defiende con su propia virtud. Aquella es casta que no lo es por miedo, y la que no peca por falta de ocasión, es como si pecara. Si tu vigilancia preserva el cuerpo, su mente se goza en el adulterio, y nadie alcanza a vigilar a la que rechaza los guardianes. Aunque asegures bien los cerrojos, no aprisionarás el pensamiento, y después de despedir a todos, el adúltero se quedará dentro de casa. El que puede faltar sin miedo, falta menos, y sus apetitos languidecen por la misma libertad que goza. óyeme, cesa de irritar el vicio con la persecución; lo vencerás más fácilmente con una obsequiosa complacencia. Yo vi poco ha galopar tan presto como el rayo un corcel indómito, que se revolvió contra el freno, y detenerse de súbito así que cesó la opresión y sintió flojas las riendas sobre las espesas crines. Apetecemos siempre lo vedadlo y deseamos lo que se nos niega, como el enfermo ansía el agua que se le prohíbe. Argos tenía cien ojos en la frente y otros cien en la cabeza, y el amor, siendo solo, le engañó cuando quiso.

Dánae fue enterrada virgen en la torre infranqueable de hierro y piedra, y allí se convirtió en madre; y Penélope permaneció inmaculada entre sus jóvenes pretendientes, y eso que no la defendía ningún guarda. Anhelamos más lo que se nos veda, y la misma cautela llama al ladrón. Pocos aman los placeres que otro les consiente. Más que por la cara, ella seduce por el interés que, inspira al marido, y le supongo no sé qué hechizos, que lo cautivan. No sea virtuosa la mujer que vigila. su dueño, sino adúltera, y se verá amada. El temor que infunde le da más precio que la belleza. Indígnate enhorabuena; me gustan los placeres prohibidos, y sólo me place la que suele decir: «Tengo miedo.» Tampoco te asiste el derecho de esclavizar - a una mujer libre; este temor debe aterrar a las mujeres de pueblos extraños, para que el espía se jacte de decir con seguridad: «Yo lo conseguí», de modo que resulte casta por los méritos de tu siervo. Es harto simple el que se siente ultrajado por el adulterio de su

esposa, y no conoce bastante las costumbres de la ciudad, en la que no nacieron sin mácula los hijos de Ilia y Marte, Rómulo y Remo. Si la querías casta, ¿por qué la buscaste tan hermosa? Estas dos prendas de ningún modo saben ir juntas. Si tienes discreción, sé complaciente con tu consorte, no la trates con ceño severo, ni sustentas los derechos de un rígido esposo; acoge benévolo los, amigos que ella te dé, y serán muchos, y con poco esfuerzo obtendrás grandes ventajas, pudiendo asistir cuantas veces quieras a los festines de la juventud y llenar tu casa de regalos que no te cuesten dinero.

V

Era de noche; el sueño cerró mis ojos fatigados, y tales visiones sembraron el terror en mi ánimo. Sobre la falda de un monte expuesta al Mediodía alzábase sacro bosque cubierto de encinas, en cuyas ramas se refugiaban innumerables aves; al pie se extendía un prado rebosante de verdor, humedecido por el raudal sonoro de un pequeño arroyuelo. Quise defenderme del calor bajo la sombra de los árboles, pero hasta al abrigo de sus ramas me sentía sofocado. De súbito, paciendo, las hierbas con las flores silvestres, se destacó ante mi vista una ternera más blanca que la nieve cuando acaba de caer y no ha tenido aún tiempo de convertirse en líquidos raudales, y más que la espuma bulliciosa de la leche de la oveja en el momento de ser ordeñada. Un toro la acompañaba, su feliz esposo; se recuesta junto a ella en el blando suelo, y mientras tendido rumia lentamente las hierbas que le devolvía el estómago y se alimenta de nuevo con lo ya pastado, el sueño viene de pronto a quitarle las fuerzas y deja caer en tierra su cabeza, temida por los cuernos.

Entonces una corneja corta los aires con rápidas alas; llega a posarse, graznando, sobre la verde alfombra, y hunde tres veces su insolente pico en el pecho de la blanca ternera, arrancándole vedijas como la misma nieve. La ternera, indecisa breve rato, abandona por fin el prado y el toro, llevando en el blanco pecho la señal de una mancha negra, y así que ve a lo lejos su torada en los amenos pastos, pues más lejos pacía a sabor las viciosas hierbas, corre presurosa a mezclarse entre el rebaño y a buscar el sustento en suelo más fértil. Ea, dime, intérprete de las pesadillas nocturnas, seas quienquiera, si entrañan algo verdadero, ¿qué significan estas visiones? Así le pregunté, y, así me contestó el intérprete de los sueños de la noche, reflexionando con detenimiento sobre estas apariciones: «El calor que pretendías evitar con el toldo de las móviles hojas, sin conseguirlo, era el fuego de tu sangre; la vaca era tu amada; el blanco color la conviene como a ninguna, y tú el toro que seguía sus huellas; la corneja que hundió el agudo pico en su pecho es una vieja

tercera que pretende corromper su disposición; la vaca que abandonó al toro significa la indiferencia con que te abandona en tu lecho solitario, y la lividez y las negras manchas advertidas en su pecho revelan la torpeza del adulterio que mancilla a tu amada.» Así dijo el intérprete; palideció mi rostro, faltó de sangre, y en mis ojos reinó una sombría noche.

VI

Río que festoneas el limo de tus márgenes con verdes cañaverales, corro a ver a mi amada; detén el curso un instante; no tienes puente ni ligera barca que, sin ayuda de remos, me conduzca a la otra orilla cogido al cable; recuerdo que eras de escaso caudal, y no temí atravesarte, porque el agua apenas mojaba mis talones, y ahora te precipitas con estruendo, engrosado por las deshechas nieves del monte vecino, y revuelves tus profundas aguas en un lecho cenagoso. ¿Qué me sirvió la premura?; ¿qué dedicar al sueño tan corto rato y juntar la noche con el día, si había de detenerme aquí, no consiguiendo por ningún medio poner el pie en la opuesta orilla? ¡Que no tenga yo las alas del heroico hijo de Dánae, que arrebató la cabeza erizada de terribles serpientes, o gobierne el carro de Ceres, del cual caían sobre un suelo inculto las primeras semillas! Mas éstos son falsos prodigios que abortó la fantasía de los antiguos poetas, que no han sucedido nunca ni tampoco sucederán. Tú, río que derramas las aguas entre tan distantes riberas, así sea eterno tu curso; vuélvete a los antiguos límites. Créeme, reducido a torrente no serás víctima del odio que te persiga, si se sabe que has detenido los pasos de un amante. Los ríos deben ayudar a los enamorados en sus empeños, puesto que ellos mismos sintieron un día los efectos del amor. Es fama que el pálido Ínaco, apasionado por Melia la de Bitinia, se abrasaba en medio de sus heladas ondas. El sitio de diez años aun no había destruído a Troya cuando Neera cautivo tus sentidos, ¡oh Janto! Pues qué, ¿la ciega inclinación que le inspiró una virgen de Arcadia no obligó al río Alfeo a discurrir por diversas tierras? También se cuenta de ti, Peneo, que escondiste en las comarcas de Phtiotida a Creusa, prometida de Janto. ¿Hablaré del Asopo, a quien subyugó la varonil Teba, que vino a ser madre de cinco hijas? Si pretendiese inquirir, Aqueloo, dónde tienes ahora tus cuernos, te lamentarías de habértelos roto la mano de Hércules iracundo. Lo que no sintió por Calidón ni toda la Etolia, lo hizo por la sola Deyanira. El opulento Nilo, que por siete bocas paga al mar su tributo, y sabe tener oculta la fuente de sus aguas caudalosas, es fama que no pudo templar en el hondo abismo el ardor que le abrasaba por Evadne, hija de Asopo; como el Enipeo, empeñado en obtener los abrazos de la hija de Salmoneo,

mandó que las aguas se retiraran, y las aguas obedecieron su mandato. No te pasaré en silencio a ti, que, rompiendo entre las duras peñas, riegas con tus espumosos raudales los campos de Tibur Argeo; ni a ti, a quien sedujo Iliá, aunque descompuesta, mal vestida y delatando las señales de sus uñas en el cabello y semblante. Quejosa de la crueldad de su tío y el crimen de Marte, erraba por las márgenes solitarias; el río la vió desde sus rápidas ondas, y alzando por encima de ellas la cabeza, en ronca voz le dijo: «¿Por qué, ¡oh Iliá!, linaje de Laomedonte el de Ida, recorres mis riberas con tal ansiedad?; ¿por qué desechas tus adornos?; ¿por qué vagas solitaria?; ¿por qué la blanca cinta no sujeta tu esparcida cabellera?; ¿por qué lloras y empañas el brillo de tus húmedos ojos, y con irritada mano golpeas el desnudo pecho? Tiene un corazón de roca o de hierro quien sin lástima ve deslizarse las lágrimas por una hermosa cara. Iliá, depón el miedo; mi palacio te acogerá, y los ríos formarán tu cortejo.

Iliá, deja de temer; dominarás sobre cien o más Ninfas, porque en mis ondas habitan cien o más. Sólo te ruego, vástago de la sangre troyana, que no me desprecies, y ten la seguridad de que mis regalos excederán a mis promesas. » Dijo, y ella, inclinando con modestia la mirada al suelo, humedecía en tibio llanto su seno. Tres veces quiso darse a la fuga, y otras tantas quedó inmóvil al borde de las próximas aguas: el miedo le privó del aliento para huir; por fin, se mesó con enemiga mano el cabello, y sus trémulos labios prorrumpieron en amargas quejas: «Pluguiese al cielo que, virgen todavía, mis cenizas fuesen recogidas y sepultadas en la tumba de mis padres. ¿Por qué siendo vestal fui invitada a las antorchas de Himeneo, y con vergüenza mía quedé incapacitada para velar el sacro fuego de Ilión? ¿Qué me detiene? Ya los dedos del vulgo me señalan como una adúltera; acabe esta atroz ignominia que delata mi frente.» Dice así, y cubriendo con el vestido los tímidos ojos, se precipita resuelta en la veloz corriente;

mas el río lascivo, al caer, le puso las manos sobre el pecho, y se dice que la admitió en su tálamo a título de legítima esposa. Es harto creíble que te encendiera la sangre alguna otra beldad; pero los bosques y las selvas ocultan tus hazañas. Mientras hablo, el raudal de tus ondas va engrosando, y tu álveo profundo se niega a contener las aguas que recibe. Río furioso, ¿qué cuentas tengo contigo?; ¿por qué difieres los goces de

dos amantes?; ¿por qué interrumpes osado mi camino? ¿Qué no harías si el propio caudal te convirtiese en un río generoso, si tu nombre fuera conocido en todas las regiones? Pero no tienes un nombre, recoges tus aguas de los arroyos secos en verano, y ni conocemos la fuente de donde naces ni la morada que habitas. Forman tu nacimiento las lluvias y las nieves derretidas que el invierno perezoso te suministra por únicas riquezas en la estación de los hielos, y ya tu corriente se precipita llena de fango, ya durante el estío apenas humedece su árido cauce. ¿Qué viajero sediento pudo entonces apagar su ansiedad en tus ondas?; ¿quién te dijo nunca con voz agradecida: «Corre eternamente»? Tu curso es funesto a los rebaños, y más funesto a los campos; acaso otros sientan estos males, yo me quejo de los míos. ¡Ay!, en mi demencia le he contado los amores de los grandes ríos, y me sonrojo de haber recordado nombres tan excelsos a un indigno riachuelo. No sé cómo contemplándolo pude mentar los timbres insignes del Aqueloo y el Ínaco junto con el famosísimo Nilo. Sólo te deseo, en pago de tus méritos, torrente cenagoso, que no veas nunca más que soles abrasadores e inviernos sin lluvias.

VII

¿Acaso esta joven no es hermosa y distinguida por su elegancia, y no fué por mucho tiempo el ídolo de mis votos? Sin embargo, la languidez me impidió gozar sus favores, y, ¡qué sonrojo!, caí como una masa pesada en el lecho perezoso. Yo anhelante de placer, y ella encendida en el mismo ardor, no pudimos saborearlo por la impotencia a que me redujo mi lasitud. Ella pasó en torno de mi cerviz el ebúrneo brazo, más blanco que la nieve de Sitonia; su lengua ardiente estampó cien besos en mi boca, cruzó con la mía su pierna lasciva, me prodigó mil ternuras, me llamó su dueño, me dijo todas aquellas palabras que excitan el vigor, y, no obstante, mis fríos miembros, como si estuviesen emponzoñados por la cicuta, se negaron a satisfacer sus deseos. Yacía como un tronco inerte, como una estatua, como un peso inútil, y llegué a dudar si era un cuerpo o una sombra. ¿Cuál será mi vejez, si logro alcanzarla, cuando en la misma juventud desfallecen mis fuerzas? ¡Ah!, me avergüenzo de mis años; soy un hombre joven todavía, y mi amiga no me encuentra ni hombre ni joven, y se alza del lecho como la casta sacerdotisa que ha de velar el fuego eterno de Vesta, o la hermana se aparta de su querido hermano, y eso que hace poco cumplí como bueno dos veces con la rubia Clide, tres con la blanca Pitho y otras tantas con Libas, y estrechado por las instancias de Corina, recuerdo que en una corta noche repetí nueve veces el asalto. ¿Entorpece mi cuerpo por ventura un veneno de Tesalia, o los ensalmos y las maléficas hierbas han hecho mi desgracia? Tal vez alguna hechicera escribió contra mí nombres siniestros en la cera de Fenicia, y me clavó en el mismo hígado sus agujas sutiles. Los dones de Ceres, sometidos al influjo de un encantamiento, se convierten en hierbas estériles, y con el poder de los ensalmos se agotan los raudales de una fuente, la bellota asimismo se desprende de la encina, las uvas caen de las cepas y los frutos del árbol, sin que nadie sacuda sus ramas. ¿Quién, pues, impedirá que las artes mágicas paralicen mis nervios? Acaso su influencia convirtió mi cuerpo en un tronco insensible. Añádase el sonrojo por lo que me sucedía, que acrecentó mi flojedad y fué la segunda causa de la impotencia a que me vi reducido.

¡Y qué hermosa estaba cuando la vi y la toqué tan cerca como la túnica que roza su lindo cuerpo! A tan dulce contacto, el rey de Pilos hubiera podido rejuvenecerse, y Titón alcanzar fuerzas impropias de sus años. Ella se ofrecía a mi voluntad, y no encontró en mí un hombre. ¿Qué súplicas concebirán mis votos ahora? Creo que los altos dioses se arrepintieron de favorecerme en vista del mal uso hecho de los presentes concedidos. Deseaba ser bienquisto, y lo fuí; darle a mi ,gusto cien besos, y se los he dado; yacer junto a ella, y lo conseguí. ¿De qué me sirven las mercedes de la fortuna y poseer un reino sin reinar? Como rico avaro, guardé las riquezas sin usufructuarlas. Así el divulgador de los secretos de los dioses muere de sed en medio de las ondas, y contempla próximas las frutas que nunca ha de probar; así el esposo deja por la mañana el lecho de la tierna consorte y se acerca puro a las santas aras de los númenes. Pero tal vez no me prodigó los besos más incitantes y ardorosos y no puso en juego todas las habilidades que estimulan el apetito. Ella puede ablandar con sus caricias las robustas encinas, el duro diamante y la insensible roca; ella tiene recursos para conmover a quien aliente con vida y sea hombre; mas en aquel momento yo no vivía, ni era hombre como antes.

¿Qué placer proporcionarán al que esté sordo los cantos de Femio, o una tabla pintada al miserable Tamiras? ¡Y qué goces me habían prometido mis secretos deseos!; ¡cuántos diversos modos de holgarme no imaginé y dispuse a placer!; pero mis miembros yacían torpemente como muertos y marchitos, como la rosa cogida el día anterior, y ahora, que no es tiempo, lozanean vigorosos, se sienten con brío y reclaman el puesto a que los invita la lucha. ¿Por qué no te abates llena de confusión, torpísima parte de mi ser? Así me dejé burlar anteriormente por tus promesas. Tú engañaste a mi amada, por ti me hallé inerme en la lid, y con no poca afrenta soporté daños gravísimos. Mi bella no se dignó acariciarte con su mano delicada, viendo que no conseguía excitar tu pujanza por ningún medio, y que languidecías olvidada de tus antiguas proezas.

«¿Por qué me burlaste? -dijo-; insensata, ¿quién te obligó a extender los helados miembros en mi tálamo? O una hechicera de Ea te ha trastornado con sus franjas de lana, o vienes a mis brazos ya rendido en los de otra.» Sin demora salta del lecho, cubierta con la tenue túnica, y con los pies descalzos huye lejos de mí; y a fin de que su sierva no creyese que salía

intacta de mi lado, disimuló esta afrenta lavándose el cuerpo.

VIII

¿Habrás quien admire todavía las bellas artes y crea que tienen algún mérito los versos enternecedores? En otro tiempo el ingenio se apreciaba más que el oro; hoy el no poseer nada es una gran barbarie. Mis libros deleitaron a mi hermoso tormento; han podido penetrar en su casa, y a mí se me niega este permiso. Los alabó en extremo; pero después de alabarlos me cerró la puerta, y a pesar de mi genio, vago sin rumbo fijo de acá para allá. Apareció un rico de ayer, un caballero harto de sangre, que al precio de sus heridas se labró una cuantiosa renta, y fue suya la victoria. Insensata, ¿podrás estrecharle en tus hermosos brazos y reposar en el lecho oprimida por los suyos? Si lo ignoras, su cabeza solía cubrirse con el yelmo; el cuerpo que pretendes gozar ceñía la espada; la mano izquierda, en la que sienta mal el anillo de oro, traía el escudo, y si tocas su diestra sentirás aún su crueldad. ¿Serás capaz de oprimir sin repugnancia esa diestra cansada de matar? ¡Ay!, ¿dónde está aquella delicadeza de tu corazón? Repara en sus cicatrices, vestigios de las pasadas luchas; cuanto tiene, con su sangre lo ha comprado.

Tal, vez te relate a cuántos hombres degolló, y tu avaricia osará tocar las manos que lo atestiguan; mientras yo, el sacerdote puro de las Musas y de Febo, canto mis versos inútiles a tu puerta cerrada. Los que sabéis vivir, no aprendáis las artes sin provecho que cursamos, sino a seguir la carrera de las armas y los crueles campamentos. En vez de componer inspirados versos, alístate, Homero, entre los primípilos, y así conquistarás las caricias de tu amada. Júpiter, persuadido de que no había nada tan poderoso como el oro, se convirtió en él para seducir a una virgen. Sin el aliciente de las dádivas, fué duro el padre, la hija desdeñosa, las puertas infranqueables y la torre de bronce; mas así que el adúltero astuto ofreció ricos presentes, Dánae descubrió el pecho, accediendo a sus pretensiones. En la edad en que el viejo Saturno ocupaba el trono del cielo, la tierra celaba en su seno tenebroso todos los metales; el bronce y la plata, el oro y el pesado hierro pertenecían a los Manes, y no existían los tesoros; el suelo, en cambio, daba otros más ricos: sin romperlo el corvo arado, producía las espigas, los frutos y la miel destilada del hueco

tronco de la encina;

nadie abría los surcos con la aguda reja, ni el agrimensor señalaba los límites de los campos; los remos, aun desconocidos, no azotaban las olas imponentes, y la costa era el último confín de los mortales. La índole de los hombres, industriosos contra sí mismos, ingenióse en acarrear infinitos males. ¿Qué ganó en ceñirlas ciudades de torres y murallas, poniendo el hierro en las manos de los pueblos enemigos? Si te hallases contento en la tierra, ¿para qué necesitabas surcar el piélago? ¿Por qué no intentaste escalar el cielo como un tercer reino? Mas en lo posible también aspiras al cielo. Quirino, Baco, Hércules y César tienen templos como los dioses. Despreciando los frutos, arrancamos a la tierra filones de oro, y el soldado granjea las riquezas adquiridas a costa de sangre. La curia se cierra a los pobres; la renta concede los honores; de aquí salen el juez adusto y el bravo caballero; háganse dueños de todo, dominen en el campo de Marte y en el foro, sean árbitros de la paz y la guerra sanguinaria; mas no lleven su avidez hasta desposeernos de nuestras queridas, y nos daremos por satisfechos si permiten a los pobres poseer alguna cosa. Pero hoy, aunque una joven iguale a las ásperas Sabinas, obedece como sierva a los que pueden dar a manos llenas. El guardián me rechaza, ella teme verme víctima de la cólera del marido; si diese con prodigalidad, el uno y el otro me franquearían la casa. ¡Oh!, si hay algún dios vengador del amante desdeñado, reduzca a polvo las riquezas tan mal adquiridas.

IX

Si la madre de Memnón, si la madre de Aquiles lloraron la muerte de sus hijos; si los mismos dioses sienten los golpes de un destino cruel, tú también, lastimera Elegía, desata los trenzados cabellos, y así merecerás, con razón el nombre que llevas. El vate que te cultivó tan solícito, que constituía tu gloria, Tibulo, al fin es un cuerpo exánime que consumen las llamas de la pira. Contempla al hijo de Venus cómo lleva la aljaba invertida, rotos los arcos y extintas las antorchas; mírale avanzar, digno de lástima, con las alas caídas, y de qué modo se golpea el pecho con los crispados puños; sus cabellos, esparcidos por la cara, se bañan de lágrimas, y su boca prorrumpe en violentos sollozos. Así, marchando a los funerales de su hermano Eneas, se dice, ¡oh hermoso Julio!, que salió de tu palacio. La desolación de Venus por la muerte de Tibulo no fué menos intensa que la sentida cuando un feroz jabalí destrozó el pecho de Adonis. Se nos llama a los vates seres sagrados y favoritos. de los dioses, y hay quienes piensan que alentamos con un numen divino; pero la muerte intempestiva profana todo lo sagrado y pone por igual en todos las invisibles manos. ¿De qué le sirvieron su padre y su madre a Orfeo de Ismara, y haber dominado con sus cantos las feroces alimañas? Lino, que tuvo el mismo padre, Lino fué llorado a los acordes de la lira en el fondo de las selvas. No olvides al cantor de Meonia, fuente perenne que brinda raudales de inagotable inspiración a los labios de los poetas; llególe su última hora y se hundió en el tenebroso Averno, Sólo los cantos se libran del rigor de las llamas; la obra del vate es imperecedera. Vive eterna la fama del sitio de Troya, y la de la tela interminable que la astuta Penélope destejía por la noche. Así Némesis y Delia alcanzarán un nombre inmortal: su cuita reciente la una, la otra su primer amor. ¿De qué os sirven los sacrificios? ¿Qué os aprovechan ahora los sistros de Egipto, y el haberos abstenido de admitir a nadie en el lecho? Cuando el destino fatal nos arrebatara a los buenos, perdonad la blasfemia, llego a creer que no existen los dioses. Vive, piadoso, morirás; frecuente devoto los altares, la muerte implacable te arrancará del templo para hundirte en la tumba. Confía en tus excelentes versos; mirad cómo yace Tibulo: de su grandeza apenas ,quedan los restos que caben en la urna cineraria.

Tú, egregio vate, eres consumido por el fuego de la pira, que no temió alimentarse con tus despojos; el que ha cometido tan horrendo crimen, lo mismo consumiría en las llamas los áureos templos de los inmortales. La diosa que reina sobre el monte Erix apartó la vista, y aun hay quien dice que no pudo reprimir el llanto; y con todo, fué preferible su suerte a que la tierra de Feacia lo sepultara ignorado en extraño suelo. Aquí, al menos, su madre le cerró los húmedos ojos al expirar, y ofreció a sus cenizas los últimos dones; aquí su hermana, mesándose los revueltos cabellos, tomó parte en el dolor de la mísera madre. Némesis y tu primera amante juntaron sus labios con los tuyos y no abandonaron un momento, la pira. Delia, al separarse, dijo: «Yo fuí la más venturosa de todas; viviste mientras te abrasaba el fuego de mi pasión.» Y Némesis le contestó: «¿Vienes a insultar mi dolor? En su lecho de muerte oprimió la mía con su mano desfallecida.» ¡Ah!, si de nosotros queda algo más que el nombre y la tenue sombra, Tibulo pisará los Campos Elíseos, y con tu amigo Calvo saldrás a recibirle, docto Catulo, ceñidas de hiedra las sienes juveniles, y tú también, Galo, tan pródigo de la sangre y la vida, si es falsa la imputación de que ultrajaste a un amigo. Por éstas se verá acompañada tu sombra, si hay algo, de real en la sombra del cuerpo, y a sus piadosos acentos se mezclarán los tuyos, elegante Tibulo.

¡Ojalá tus restos reposen tranquilos en la urna que los guarda, y la tierra no caiga pesada sobre tus cenizas!

X

Llegó el aniversario de las fiestas de Ceres; la doncella descansa sola en el vacío lecho. Rubicunda Ceres, que coronas de espigas tus finos cabellos, ¿por qué en el día de tu festividad nos prohíbes los placeres? En todas partes, ¡oh diosa!, las gentes pregonan tu munificencia, y ninguna es tan favorable a la dicha de los mortales. Antes los incultos labriegos no conocían el pan, y la era fué entre ellos un nombre ignorado; mas las encinas que promulgaron los primeros oráculos les sustentaban con su bellota; está y la tierna hierba arrancada del césped constituían su alimentación. Ceres les enseñó la primera a arrojar en los campos la semilla, que luego se hinchaba, y a segar con la hoz las áureas espigas; la primera forzó a los toros a doblar sus cervices al yugo, y a remover con el corvo diente la tierra endurecida. ¿Quién creerá que se alegra con las lágrimas de los amantes y quiere ser festejada con los tormentos de la continencia? Aunque ame los campos feraces, no es una diosa rústica, ni su pecho está cerrado al amor. Creta será testigo, y no todo son ficciones en Creta, tierra orgullosa de haber nutrido a Jove. Allí, de niño, el soberano que reina en los cielos bebió la leche con sus labios infantiles. Este testimonio merece fe completa; el testigo fué alabado por el dios, y creo que Ceres confesará una flaqueza harto conocida. La diosa de Creta vió a Jasón por las faldas del Ida, atravesando con mano vigorosa los costados de las fieras; lo vió, y así que el fuego prendió en la ardiente sangre de sus venas, el pudor y el amor comenzaron a disputarse la presa. El pudor cayó rendido ante el amor, y vieras en seguida los surcos estériles y secos, sin producir una mínima parte del grano que en ellos se depositaba; los azadones cavaban esforzados el suelo, la reja penetrante rompía el duro seno de la tierra, las semillas se esparcían con igualdad por los anchos campos, y las ruines cosechas defraudaban las esperanzas del cultivador. La potente diosa de los frutos erraba por los espesos bosques; la guirnalda de espigas habíase desprendido de su larga cabellera, y sólo la fértil Creta disfrutó un año abundantísimo, pues todas las regiones que visitaba la diosa se cubrían de ricas mieses. El mismo Ida las vió crecer abundantes

en sus bosques, y el feroz jabalí del monte se alimentó con su trigo. El legislador Minos deseaba a su patria años semejantes, y que fuese eterno el amor que embargaba a Ceres. Rubia diosa, las noches tristes que lloraste en el desierto lecho, yo tengo que lamentarlas por fuerza en el día que se consagra a tu fiesta. ¿Por qué he de entristecerme, cuando tú has encontrado una hija, una reina, que por azar de la suerte sólo reconoce superior a Juno?: Los días festivos incitan al amor, los cantos y los festines: éstas son las ofrendas que debemos brindar a los dioses inmortales.

XI

He sufrido mucho y por largo tiempo; tu perfidia acabó con mi paciencia: amor bochornoso, huye de mi pecho quebrantado. Al cabo ya soy libre, ya rompí las cadenas, y me avergüenza haber soportado tanto desprecio sin rubor. Vencimos y pisoteamos al tirano que nos esclavizaba, tarde sentí él ultraje de mi altiva frente. Sufre y endurece tu condición: acaso el dolor te sea algún día de provecho; un jugo amargo fortalece en mil ocasiones, al viajero cansado. ¿Conque después de verme rechazado cien veces de tu puerta, yo, hombre libre, llegué a reposar en sus umbrales?; ¿con que yo, como un esclavo, me constituí en guardián de tu casa cerrada, en tanto que estrechabas en tus brazos a no sé qué rival? He visto a tu amante que salía rendido de allí, con paso inseguro, como un inválido del servicio; pero esto es una nonada en parangón del sonrojo que sentí al verme descubierto por él : que ese oprobio confunda a mis enemigos. ¿Cuándo dejaste de verme a tu lado en los paseos, siendo tu defensor, tu amante y tu fiel compañero? Todos saben que por mis cantos llegaste a ser querida del pueblo, y que nuestro amor fue el principio de otros muchos amores. ¿A qué recordar los torpes embustes de tu pérfida lengua, y los juramentos hechos a los dioses que en mí daño burlaste?; ¿a qué insistir en las secretas señales de los jóvenes que asistían al festín, y los signos convenidos para descifrar la intención de las palabras?; Me dijeron que estaba enferma; como un loco corrí precipitado, llegué, y vi que no estaba enferma para mi rival, Insensible toleré estos sofiones y otros que me callo; búscate al que quiera desde hoy tolerarlos por mí. Ya he ceñido mi nave con la corona votiva, y segura en el puerto, oye el estruendo de las olas, Cesa de prodigarme tus caricias y tus palabras, otros días poderosas; no soy un estólido como antes lo fui.

Siento mi corazón versátil luchar de una parte con el amor, de la otra con el odio, y sospecho que vencerá el primero. Si puedo, odiaré; si no, amaré mal de mi grado; tampoco el toro ama el yugo, y lo sobrelleva aborreciéndolo. Huyo su perfidia, y su beldad me impide la fuga; aborrezco

sus perversas mañas y amo la gentileza de su cuerpo. Así, no puedo vivir sin ti, ni contigo, y yo mismo no sé lo que deseo. Quisiera que fueses menos hermosa o menos falaz: tanta hermosura no encaja bien en tan ruines costumbres. Tus actos merecen mi odio, tu rostro se capta ni amor; desventurado de mí, que doy más precio a los hechizos que a las falsías. Perdóname, por los derechos del tálamo que compartimos; por todos los dioses, que consienten tus repetidos engaños; por tu cara, que admiro como la de una suprema divinidad, y por tus ojos, que cegaron los míos. Seas como fueres, serás siempre mi amada; elige entretanto si quieres que te quiera de corazón o que te ame por fuerza. Desplegaré mejor las velas, y aprovecharé los vientos que las impulsan : pues aunque lo rehuse, me veré obligado a amarla.

XII

¿Cuál fue el día, aves siniestras, en que predijisteis que mis sucesos habían de ser siempre desgraciados?; ¿qué astro debo considerar como el enemigo de mis dichas?; ¿a qué dioses acusaré por la guerra que me declaran? La que ayer se dijo prenda mía, la que sólo fué amada por mí, hoy recelo que tenga que compartirla con mis rivales. ¿Me equivoco?; ¿no la hicieron famosa mis versos? Así sucedió: mi ingenio la convirtió en una cortesana, y con razón; ¿a qué pregoné tanto el hechizo de su hermosura? Yo tengo la culpa de que venda sus gracias; yo la he servido de cebo; yo guié los pasos de sus pretendientes, a quienes abrí las puertas de su casa. Dudo que los versos me aprovechen de nada, y estoy bien seguro de los males que me han acarreado. Sí; ellos concitaron a los envidiosos de mi ventura. Cuando pude cantar el sitio de Tebas, la ruina de Troya y las hazañas de César, Corina fué la única que exaltó mi ingenio, ¡Ojalá las Musas se me declararan enemigas al componer los primeros versos, y Febo me abandonase en la prosecución de mi faena! Como se suele dar crédito al testimonio de los poetas, deseaba que mis ficciones no careciesen de valor.

Por nosotros, Escila, que cortó los canos cabellos a su padre, ciñe las caderas con una trailla rabiosa de perros; nosotros pusimos alas en los pies, sierpes en los cabellos, y condujimos vencedor al nieto de Abas, sobre alado corcel; nosotros dimos al gigante Ticio su enorme corpulencia, y sus tres bocas al Cancerbero erizado de víboras; dimos a Encélado los mil brazos con que arroja sus dardos, y forjamos los héroes sorprendidos por los cantos de una virgen hechicera. En las odres del rey de Itaca encerramos los vientos huracanados de Eolia, y dejamos a Tántalo, por su indiscreción, morir de sed en medio del río. A Níobe la transformamos en roca, y a una virgen la convertimos en osa. El ave de Cecrops llora la tragedia del Odrisio Itis; Júpiter se transfigura ya en ave, ya en lluvia de oro, ya en el bruto que rompe las olas con una virgen sobre la espalda. ¿Hablaré de Proteo, y los dientes que engendraron a los tebanos, y los

bueyes que vomitan llamas por la boca, y las lágrimas de ámbar que surcaron las mejillas de tus hermanas, desventurado Faetonte, o de aquellas naves convertidas en diosas marinas, y del sol que huyó horrorizado del espantoso festín de Atreo, o de las duras rocas que siguieron los acordes de la lira? La fecunda libertad de los vates recorrió los infinitos espacios sin sujetar sus creaciones a la fidelidad histórica; así os debieron parecer falsos los elogios que tributé a Corina, y así, vuestra credulidad no ocasionaría mi tormento.

XIII

Como mi esposa nació en la comarca de los Faliscos, rica en vergeles, llegamos un día a tocar los muros de la ciudad que expugnaste, ¡oh gran Camilo! Los sacerdotes preparaban la fiesta de la casta Juno y los célebres juegos en que se sacrifica una vaca indígena. Estos ritos valían la pena de que me detuviese a estudiarlos, sin retraerme por lo escabroso del camino que conduce entre riscos al lugar de la ceremonia, que es un antiguo bosque sagrado y casi impenetrable por la espesura de las ramas. Contéplalo, y no dudarás que en tal sitio reside un numen. El ara recibe las preces y el incienso de las almas piadosas; ara fabricada sin arte por la mano de nuestros antepasados. Aquí; luego que resuenan los acentos solemnes de la flauta, el cortejo anual pónese en marcha por veredas cubiertas de césped; entre los aplausos del pueblo, son conducidas unas blancas terneras que alimentó la fresca hierba de los prados Faliscos, unos novillos poco temibles por las cortas astas de sus frentes, un puerco, víctima menor arrancada a la humilde choza, y un carnero, jefe del rebaño, con los cuernos retorcidos hacia atrás. Sólo la cabra es aborrecida de la potente diosa. Se dice que sus señales descubrieron la presencia de Juno en el espeso bosque, retrayéndola de proseguir en la fuga.

En castigo, los niños la persiguen ahora con sus dardos, y constituye el premio del que antes la hiere. Por donde ha de pasar la diosa, los jóvenes y las tímidas doncellas convierten sus ropas en tapices que cubren el camino; los cabellos de las vírgenes deslumbran con el fulgor del oro y las piedras preciosas, y un soberbio manto desciende hasta sus pies, cuajados también de oro; y vestidas de blanco, según la costumbre de sus padres griegos, llevan sobre las cabezas los objetos del culto que se les confían. El pueblo permanece silencioso a la aproximación del brillante cortejo, y la misma diosa viene detrás de las sacerdotisas. Es la imagen de una fiesta griega. Muerto Agamenón, Haleso huyó del lugar del crimen, abandonando los tesoros de su padre, y después de errar prófugo por tierras y mares, edificó con dichosos auspicios una ciudad ceñida de

fuertes murallas. Él enseñó a los Faliscos a conmemorar la fiesta de Juno, que así sea favorable siempre a mí y a mi pueblo.

XIV

No pretendo que permanezcas inocente siendo tan hermosa; mas tampoco creo que haya necesidad de que lo sepa, por mi desgracia; mi censura no intenta convertirte en una mujer irreprochable; sin embargo, querría que te esforzases por parecerlo. No falta la que sabe negar el delito: sólo la culpa vanagloriosa trae la infamia. ¿Qué furor sientes de sacar a la luz del día lo que oculta la noche, y revelar públicamente lo que hiciste en secreto? La meretriz que entrega el cuerpo al primer desconocido, aparta antes las miradas del público cerrando la puerta de su tugurio. Tú alardeas del oprobio que mancilla tu fama y eres la pregonera de tus escándalos. Vuelve a mejor acuerdo, imita a las honradas, y aunque no lo seas, que yo te admire como un dechado de probidad. Lo que hiciste, hecho está; pero niégalo rotundamente, y no te sonroje hablar en público el lenguaje de la modestia. Hay un sitio adecuado a la crápula; llénalo con todas las impurezas, y que el pudor se aleje de allí; mas en el momento que lo abandones, relega al olvido tu lascivia, y que tu cama sola sepa tus desafueros.

Allí no repares quitarte la túnica, ni cruzar tus piernas con las de tu amigo, ni que roce con su lengua tus labios de púrpura, ni que la pasión invente mil modos de gozar; no cesen las tiernas promesas ni las palabras incitantes, y estremézcase la cama con la movilidad de vuestros cuerpos; pero al vestirse la túnica, toma el aspecto de la inocencia temerosa, y que un falso pudor disfrace tus noches obscenas. Burla a la gente con tus palabras; engáñame, déjame vivir ignorante, y que labre mi dicha una estúpida credulidad. ¿Por qué veo tantas veces las tablillas que envías y recibes?; ¿por qué apenas advierto espacio de tu lecho que no esté hundido?; ¿por qué tus cabellos andan más alborotados de lo que suele ponerlos el sueño, y distingo en tu cuello las señales impresas de los dientes? Sólo te falta realizar tus delitos a presencia mía. Si no te conduelas de tu fama, conduélete de mi. Pierdo el seso y me pongo a morir cuantas veces me confiesas tus extravíos, y la sangre discurre

helada por mis arterias. Te amo; deseo odiarte, y siento que me es imposible, y entonces quisiera morir, pero junto contigo. No pretendo averiguar tus pasos, ni descubrir lo que tratas de ocultarme; estimo tus faltas como una acusación desprovista de fundamento. Si te sorprendo alguna vez en medio de la culpa y mis ojos llegan a ser testigos del oprobio, aquello que haya visto bien niega que lo he visto, y desmentiré a mis ojos por creer tus palabras. Te será muy fácil la victoria sobre el que desea ser vencido como tu lengua se acuerde de decir : «Es falso.» Con estas dos voces puedes subyugarme a tu antojo; vence, si no por la justicia de tu causa, por la lenidad de tu juez.

XV

Madre de los tiernos amores, busca un nuevo vate; ya mis elegías pasan rozando la última meta, Los cantos que compuse yo, nacido en los campos Pelignos, han hecho mis delicias y acrecentado mi fama. Sí este honor vale algo, herede la dignidad ecuestre de mis antiguos ascendientes, y no la conquiste en el tumulto de los campos de batalla. Mantua se enorgullece de Virgilio; Varona, de Catulo, y yo pretendo que se me aclame la gloria de la comarca de los Pelignos, a quienes la defensa de su libertad obligó a pelear por una causa justa cuando Roma temía, llena de incertidumbre, los resultados de la guerra social. Y algún viajero que contemple los muros de Sulmona, ceñidos de pantanos que dejan pocas yugadas al labrador, exclamará : «Ciudad que pudiste engendrar poeta tan ilustre, por pequeña que seas, yo te proclamo grande.» Amable niño, y tú, diosa de Amatunta, madre del mismo, llevad vuestras áureas banderas lejos de mi campo. Baco, el de los cuernos, mueve con fuerza el resonante sistro, y me incita a recorrer mayor espacio con mis briosos corceles. Voluptuosas elegías, musa juguetona, pasadlo bien; la obra que voy a emprender me sobrevivirá después de muerto.

Ovidio



Publio Ovidio Nasón (Sulmona, 20 de marzo del 43 a. C. - Tomis, actual Constanza, 17 d. C.) fue un poeta romano. Sus obras más conocidas son "Arte de amar" y "Las metamorfosis", ambas en verso; la segunda recoge relatos mitológicos procedentes del mundo griego adaptados a la cultura latina de su época; también gozaron de cierta fama las "Heroidas", cartas de grandes enamoradas, y sus "Tristia", poemas elegíacos en que lamenta su destierro.